

**CATULLE MENDÈS**  
**(1841-1909)**



**LESBIA**

Centenario de la muerte de Catulle Mendès

Título Original: *Lesbia*.

Edición original: Maurice de Brunhoff editeur. París. 1886

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para

<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

## LESBIA

### I

Aquel día, cuando la hija del senador Metellus Celer, llamada por unos Clodia y por otros Lesbia, se mostró en la Vía Sacra en su litera abierta transportada por cuatro negros, se produjo un clamor de admiración. Desde el Anfiteatro hasta el Coliseo, se oyó como un chisporrotear de paja que un fuego prende. Los que la miraban de cerca levantaban los brazos con exclamaciones de placer; los que se encontraban demasiado lejos para poder verla, no manifestaban menos goce, convencidos, por el entusiasmo de los demás, que allí ocurría algo por lo que regocijarse. Se produjo en la muchedumbre una paralización de las actividades comenzadas, un olvido de los intereses personales. Unos caballeros, de cierta edad ya, como se podía deducir de sus afeitados mentones, dejaron de hacer señales a los dulces efebos que merodeaban, con sus cabellos rizados y perfumados y lunares junto a los ojos y la boca, arremangando su toga; esos mismos adolescentes dejaron, durante un instante, de mantener levantado por encima de su mano recogida en bola, el dedo índice, denominado también el dedo infame. Los escribas, que profundizaban con el punzón en la cera de sus tablillas, no acabaron de escribir las órdenes que les daban en voz baja ricos extranjeros, o los nombres de las jóvenes meretrices recientemente llegadas a Roma que les señalaban antiguas esclavas; se veían detenerse a los fuertes gladiadores que pasaban de dos en dos con las piernas y los brazos desnudos, con el puño en la cadera y la boca abierta en una risa satisfecha. Pero la emoción fue grande sobre todo entre las Famosas y las Preciosas; aquellas que dejaban arrastrar sobre el enlosado sus vestidos y mantenían por encima de sus frentes unas sombrillas de seda púrpura con franjas de oro, aquellas que, de pie, en carros tirados por mulas de España, alzaban sus jóvenes cabezas orgullosas dónde los cabellos claros se entremezclaban con esmeraldas y aquellas también, sentadas sobre la espalda de un esclavo abisinio, que hacían malabarismos con bolas de ámbar o de marfil para alisarse o refrescarse las manos, olvidaron que era la hora de invitar a los transeúntes a los placeres vespertinos mediante la amplia lascivia de la mirada, por mudos movimientos de labios prometedores de todos los besos, o por la unión, en un estrecho círculo que parecía dar una aceptación, entre el pulgar y el índice. Incluso la curiosidad hacía salir muy aprisa de los bosques contiguos al Coliseo a esas despreciables prostitutas que están inscritas en el registro del edil; acudían para admirar a Lesbia, con

los cabellos despeinados, a medio vestir, seguidas por hombres con la toga mal abrochada, que tenían el penoso aspecto de alguien a quién su amante acaba de decir: «¡Levántate! ¡oigo los pasos de mi marido!» Las propias matronas, aunque fingiesen muy a menudo desdeñar a las Preciosas cuando se paseaban por la Via Sacra, no pudieron impedir girar la cabeza hacia la litera de Clodia; y la vieja Origo, descendiente de austeros antepasados, la que un día a punto estuvo de ser lapidada por una multitud porque se la había sorprendido en adulterio en el templo de Venus, entre Valerius, tribuno del pueblo, y Lysiscon, aldeano de Sicilia, se distrajo hasta el punto de que no terminó la negociación comenzada, – doscientos sestercios por una noche,– con un robusto esclavo galo con el que las más exigentes habrían quedado satisfechas.

Ahora bien, ese gran entusiasmo era perfectamente legítimo, pues Lesbia, a la que no se había visto desde hacia varios meses, pasaba con justicia por ser la más bella cortesana de Roma; aunque no sea decente dar a las diosas los rasgos de una mortal, sobre todo de una mujer impúdica, muchos escultores y otros tantos pintores habían dado su figura a muchas Venus o Uranias.

A medio vestir con telas ligeras que parecían una nube tejida con sol, cargada de orfebrerías semejantes a las pesadas flores de una graciosa rama, su joven cuerpo resplandecía como la nieve, aquí y allá sonrosado, y el deseo de todas las miradas besaba sus esbeltas piernas con redondas rodillas, una de las cuales pendía en los flecos que caían de la litera, un destello rosado de la uña del dedo pulgar, sus senos de virgen, firmes y menudos, en cuyas puntas se engarzaba una anilla, sus brazos levantados, con las axilas bien depiladas, que eran como las asas de una urna de alabastro, y, en los cojines bordados de perlas, de donde emanaba un perfume de mirra, su pequeño rostro claro, con los labios un poco gruesos, siempre riendo, con los ojos oscuros, languidecientes bajo unas pestañas demasiado largas, y sus cabellos dispuestos en trenzas leonadas iluminadas de rubíes, que la asemejaban a una chiquilla que se hubiese puesto un casco de oro y piedras preciosas. Inmóvil en su lenta pose, sonriente, con donaire y delicia, disfrutaba oyendo los murmullos de admiración de la muchedumbre a su alrededor, sintiendo sobre su piel la codicia de las miradas que la cubrían con un vestido de caricias, y, enorgulleciéndose en ese triunfo, henchida de su gloria, se embelesaba de ser considerada tan bella.

Una sirvienta de Siria, vieja, jorobada, casi una enana, vestida de sedas amarillas, con unos brazaletes de campanillas que le tintineaban en los tobillos, atravesó los grupos, subió encima de uno de los cuatro esclavos negros como un mono treparía a un árbol, se sentó al borde de la litera y dijo muy aprisa en el oído de Lesbia:

–¡Ama! ¡Ama! ¡Cayo se muere! si no te apresuras a su lado, su boca no podrá darte el último beso que ella tanto desea.

Lesbia se puso muy pálida; y una pequeña lágrima surgió en el extremo de sus pestañas oscuras, dispuesta a caer sobre la mejilla; se hubiese dicho una gota de rocío que tiembla en una brizna de hierba, para caer encima de una flor.

## II

Era cierto que Catullus iba a morir, ya ceniciento, igual a una forma inerte sobre la cama. Pero de vez en cuando todo su cuerpo, sacudido por sobresaltos, se incorporaba un tanto, saliendo de su pecho unos desgarradores sollozos, mientras tumultuosas lágrimas brotaban en torrente de sus párpados.

–¿Cómo es posible? – dijo Xantías inclinado sobre el lecho, ¿Te desesperas porque pronto entrarás en la estancia misteriosa de las Sombras? En todo caso a nosotros nos corresponde llorar porque nos quedamos sin ti sobre la tierra donde las alegrías son tan

cortas y los dolores tan largos. Regocíjate, Cayo, puesto que sales de la vida antes de haber conocido las amarguras de los vanos soberanos y las deformidades de la vejez; ¡regocíjate como hombre que muere joven! ¿Qué puedes añorar, amigo? ¿No has cantado las bodas de las diosas y los amores de hermosas mujeres? ¿No has conocido intensamente la gloria a menudo negada a los más dignos, y no es cierto que, hasta el fin de los tiempos, los poetas y los amantes recitarán tus versos sin dejar de hacerlo nunca? Además, mientras todos se inclinaban bajo la ambición de uno sólo, tú has dado el sublime ejemplo de la resistencia a la tiranía; te has atrevido a burlarte de aquél que hacía temblar; ¡Catullus se ha mofado de César! Muere sonriendo, ¡oh mitad de mi alma!, pues tu obra fue buena y tu celebridad permanecerá por siempre.

Pero Catullus, dijo con débil voz:

– ¡No hubiese querido dejar de vivir antes de ser amado!

Xantías se quedó muy sorprendido por esas palabras.

–¿Acaso has perdido la memoria? ¿Ya has puesto tus labios en las pálidas olas del Lete<sup>1</sup>? Pues, recuerda todavía, ¿no te atreverás a decir que no conoces los encantos de camas compartidas con muchachas perfumadas, sabias en el arte del beso. ¡Feliz amante! Es del exceso de placeres de lo que mueres.

–¡No, Xantías!, más bien del exceso de tormentos.

– Ten cuidado, a la hora en la que Libitina<sup>2</sup> se mantiene tras la puerta entreabierta, de injuriar a la Venus consoladora a la que debes la más perfecta de las voluptuosidades, puesto que ella te ofreció la ventura de poseer a Lesbia, la más bella de las mujeres.

–¡La he poseído, pero estaba distraída, apenas consintiendo! Nunca me ha amadas; muchos otros han respirado las flores de lis de su cuerpo oloroso y recogido la rosa de sus olorosos labios. ¡Ah! Xantías, por la noche, cuando el inexorable deseo me llevaba hacia ella, cuántas veces he visto colgadas en su puerta y formando las letras de su nombre, guirnaldas de violetas y anémonas que yo no había dejado allí.

–Pese a ser hija de un senador, Lesbia era cortesana; se debía a su profesión; habría sido justamente difamada si no hubiese aceptado de buen grado a los hombres que acudían, de noche o de día, a presentarle ofrendas. Tu no hubieses tenido el derecho de quejarte excepto en caso de que ella se hubiese entregado sin salario a otros amantes que no fueses tú; pero nosotros sabemos que jamás ha cometido esa falta. ¿Acaso no tenía motivos para cambiar su belleza por vasos de bronce y telas de seda, por estatuas robadas en los templos de Grecia y por magníficas alfombras de Asia donde su desnudez resplandecía cada vez más encantadora?

–¡Qué la sombra de la muerte apague todos los ojos que la contemplaron sin velo!

–Pronto dejó de ser meretriz y no perteneció a ningún otro salvo a ti.

–Sí, gimió Catullus, cuando mi tío el pretor me hubo legado sus riquezas.

–Desde entonces su puerta se cerró a todos los transeúntes, y su corazón se insensibilizó a todas las súplicas. No se la veía más por la Via Sacra tender a los hijos de buenas familias o a los ricos viejos la trampa de su vestido entreabierto. Pero, en el teatro, en el circo, en los festines donde los hombres jóvenes se regocijan bebiendo el vino de Methymne escuchando la voz de las cantantes, siempre estabáis juntos; y tú vivías en su casa. ¡En esa época fuiste feliz, Cayo!

–Es esa época, fui el más desdichado de los mortales, a causa del Gorrión al que ella prefería.

<sup>1</sup> En la mitología griega, **Lete** es uno de los ríos del Hades. Beber de sus aguas provocaba un olvido completo. Algunos griegos antiguos creían que se hacía beber de este río a las almas antes de reencarnarlas, de forma que no recordasen sus vidas pasadas.

<sup>2</sup> **Libitina** es, en la mitología romana, una diosa del inframundo, los muertos y el entierro. (N. del T.)

Pese a la aflicción que lo embargaba (pues acariciaba tiernamente al que iba a morir), Xantías no pudo impedir sonreír.

–¡Eh! –dijo – ¿Cómo tú, un hombre, envidias la suerte de un pájaro? ¿Estabas celoso cuando ella le acariciaba con el extremo de la uña, la punta del pico, cuando lo escondía en su seno, o cuando ponía en sus labios unos granos a fin de que él los comiese?

–¡Oh! ¡amigo mío! inclínate hacia mí, coloca tu oído cerca de mis labios; ¡que la mismísima Libitina no oiga las palabras que voy a proferir! El gorrión que suponía todo el amor para Lesbia...

–Acaba –dijo Xantías.

–...¡No era un pájaro!

### III

Catullus continuó, con la voz más débil aún:

–¡No! era una niña esclava, grácil, viva y saltarina, con movimientos de invisible alas, con mil gorjeos como si tuviese un nido recién eclosionado en la sonrojada estrechez de su boca. A causa de esa gracia y del aire encantador con el que esa chiquilla inclinaba el cuello haciendo reír sus ojitos que no bizqueaban, mi Lesbia le decía: «¡picotéame, bonito gorrión!»; pero también exclamaba: «Mi reina, mi diosa, mi luz, mi astro, mi joya, mi miel, mi ambrosía, ¡te amo! y me moriré si no me besas.» Oh, mi querido Xantías, no era un pico de pájaro lo que acariciaba con el extremo de la uña, ni plumas lo que aprisionaba contra su radiante pecho, ni granos lo que le ofrecía en sus labios húmedos.

– Así que no das sin razón, en tus elegías, el nombre de Lesbia a la hija de Metellus Celer.

–¡Nombre que le era adecuado, en efecto! Ella me expulsaba, o huía de mí para estar a solas con el querido pájaro; las negativas a las que me sometía derivaban por desgracia en consentimientos por mi parte, y me veía obligado a escuchar, si quería quedarme a su lado, los halagos a la encantadora rival: el gorrión había hecho esto, había hecho aquello; había saltado de la alfombra sobre la cama, como de rama en rama; se había escondido tan bien bajo los forros de la cama que había costado un buen tiempo encontrarlo, pero una vez descubierto, otra vez la cariñosas palabras «Has de reconocer, Cayo, que no hay nada más encantador que el gorrión de tu Lesbia, y que tengo muchas razones para estar loca por él. ¡Eh! déjame, hombre brutal, ¡fuera de aquí! ¡qué forma de abrazarme tan torpe! ¡Te odio!» Entonces, lleno de cólera y deseo, agarraba a la infiel; y he conocido el horror de las delicias que sólo para mí eran dulces, y he besado, sobre esos queridos labios, la detestable confesión de otro amor.

–¿Por que no echaste a la calle o vendiste a esa pequeñas esclava?

–Perdería completamente a Lesbia si por mi culpa ella perdiese su gorrión. Y no solamente debía soportar que esa niña estuviese allí, en todo momento, en todo lugar; sino que estaba obligado a hablarle con dulzura, a mimarla, a alabarla, para no irritar a la que no podía dejar de amar. Las escasas complacencias de Lesbia no las obtenía más que mediante esa cobardía. Pero ella exigió más todavía: tuve que cantar en mis versos al horrible pajarraco; he versificado su ligero donaire, sus enfurruñamientos y rápidas reconciliaciones, sus desapariciones súbitas y prontos regresos, en definitiva todos sus execrables juegos de pájaro querido; y cuando murió, furioso por las lagrimas de Lesbia, tuve que llorar como ella.

–¿Pero tras la muerte del gorrión, tu amiga fue completamente tuya, sólo tuya?

–Ella exclamó, irritada, que no volvería jamás a ver el poeta que había versificado tan mal, en una fría elegía, la muerte de lo que ella más quería en el mundo. Y abandonó Roma para no regresar más. ¡Ah! Xantías ¡qué importa expirar glorioso y sobrevivir en la memoria de los hombres! solo aquellos que fueron amados pueden dar gracias a los dioses a la hora de morir, no el que en una hora...

–¡Agradecédselo pues, Cayo! ¡mi corazón, mi rey, mi luz, mi astro, mi joya, mi miel, mi ambrosía! Pues me arrepiento de mi indiferencia y mis crueldades, y por Venus que me castigará si miento, ¡juro que te amo!

Lesbia había entrado, a medio vestir con telas ligeras semejantes a una nube tejida de sol; y, rodeando con sus brazos el cuello del moribundo, le ponía los labios en los labios profiriendo las dulces palabras que piden perdón.

Con gesto lento, él la apartó para verla mejor, para convencerse de la querida presencia. La alegría iluminaba sus ojos; todas las delicias que los dioses permiten a los tristes mortales se dejaban ver en su sonrisa.

–¡Lesbia! ¡Lesbia! ¡Lesbia!

No dijo otras palabras y sus ojos se cerraron dulcemente.

#### IV

Una lámpara que colgaba del techo vertía su luz sobre el pálido poeta, luz desfalleciente para un moribundo; Lesbia lloraba de rodillas, con la cabeza entre sus manos; de pie, Xantías escribía sobre sus tablillas, lentamente.

Tras un largo silencio:

–¡Oh! Xantías, ¿crees que ha muerto? –dijo ella en un sollozo.

–Todavía no, – dijo él.

Ella había levantado la cabeza.

–¿Qué haces –preguntó – y en qué te ocupas junto a la cama en la que tu amigo está acostado?

Xantías respondió:

–He compuesto el epitafio que será grabado en la tumba de mi amigo.

Mostró con el dedo unas líneas sobre las tablillas y las leyó en voz alta:

*Esta tumba fue erigida a orillas del camino  
A Cayo Valerio Catullus.  
¡Honra sus cenizas, caminante!  
Pues el cantó a los venerables dioses  
En poemas de bellas rimas,  
Y, él solo, resistió a la tiranía  
De Julio Cesar.*

Pero entonces el moribundo dijo:

–¡No! ¡no! graba solamente sobre la estela: «Aquí yace Catullus que fue amado por Lesbia» ¡y el orgullo de ningún sepulcro real igualará la gloria de mi tumba!

## MUEBLES VIEJOS

Cuando la cama rompió, ella dijo:

–¡Apañados estamos! Le pregunto lo que pensarán de mí mañana en esta casa decente, en este hotel de pequeño villorrio, cuando adviertan el sommier hundido y demás desperfectos causados por su indigna conducta. Hay que reconocer, caballero, que ha cometido usted brutalidades singularmente comprometedoras; crea que si hubiese podido prever su brusquedad, habría evitado hacer este viaje con usted que no ha dejado de ser muy perjudicial para el honor de mi marido. ¡Pobre hombre! Cree que he ido a ver a mi tía de Compiègne; ¡a esta hora estará durmiendo apaciblemente en una cama que jamás ha roto! ¿Por qué no habrá imitado usted la tranquilidad que él despliega? No estaré dispuesta a sonrojarme ante el patrón y los criados del hotel. Señor, puede que haya tenido por usted, en mi ignorancia de sus defectos, sentimientos cariñosos, pero sus arrebatos me obligan a reconocer que he cometido el gran error de depositar en usted mi confianza. ¡Si le amaba, ya no le amo! y le ruego que pierda, con la esperanza de no volver a verlas repetirse, el recuerdo de las culpables condescendencias a las que usted me ha arrastrado.

Hablando de ese modo en medio de la habitación, Roberta desplegaba unos movimientos coléricos, muy bien imitados, que se acabaron mediante un gesto digno, solemne, casi trágico; y, como estaba en camisa, ese gesto fue el más bonito del mundo con la caída de los rizos pelirrojos, mientras se abrochaba la hombrera desatada.

El rompedor de camas trató de disculparse.

- Pero, querida... - dijo.

Ella lo interrumpió de inmediato.

–¡Oh! ¡Sé perfectamente lo que va a decirme! Que usted no ha sido dueño de sí; que ha esperado mucho tiempo, debido a mi persistente virtud, el minuto en el que dejase de ser cruel con usted, y que, llegado ese momento, no ha podido hacer gala, convenciéndose de mi misericordia, de toda la moderación deseable. Tal vez sugiera también que en las viejas casas de provincias, los muebles son de dudosa solidez, que no es culpa suya y que yo me he acostado, con apenas veinte años, en una cama vieja de al menos cien años: sí, todas esas razones, se lo advierto, no harán mella en mí. Que la cama ha roto, señor, es un hecho inalterable, patente, incuestionable, – ¡Oh! ¡Qué ruido ha hecho! Fíjese, ¡debería usted morir de vergüenza! – y, mañana, los criados tendrán

una sonrisa en los labios al verme descender por la escalera, completamente ruborizada bajo mi velo.

Él no trató de disculparse, siendo su crimen demasiado evidente; pero tuvo una idea.

–¡Eh! querida,– dijo, el daño no es tan grande como parece. El somier hundido, los muelles rotos, la madera de la cama agujereada como un decorado de una fantasía por donde pasa una hada, todo eso puede arreglarse; con un poco de tiempo y habilidad yo pondré las cosas en tan buen estado que nadie podrá concebir una sola sospecha de la furia a la que me incitaron el consentimiento de vuestros dientes demasiado blancos y el desafío de las puntas de vuestros senos, demasiado rosas.

Ella se serenó.

Sí, desde luego, arreglar la cama era lo mejor que podía hacer; sin perder tiempo se dedicarían a ello los dos lo mejor que pudiesen; hubo interrupciones en el trabajo a causa de los brazos blancos que ella tenía y donde se posaban los labios con un encarnizamiento de abeja; pero finalmente acabaron el trabajo emprendido; levantada, unida, encajada, el lecho tuvo un aspecto completamente irreprochable. Los criados dirían al día siguiente: «¡Dios mío! ¡Qué sueño más apacible tienen estos viajeros!» Ahora no era cuestión de acostarse de nuevo sobre esa peligrosa estructura; al menor peso, bajo la más leve sacudida, todo se hubiese desmoronado. Pero había allí un diván, muy largo, entre las dos ventanas, debajo de un viejo tapiz donde Tircis vestida de violeta miraba a Climena que introducía la punta de su dedo pulgar rosa en el caudal de un arroyo. Y se acomodaron en el diván, que chirrió mientras suspiraban.

## II

Cuando rompió el diván, Roberta exclamó:

–¡Otra vez este asunto! Debo decirle caballero, que es usted el hombre más insoportable que pueda nadie imaginar. Insoportable, ¿entiende? No, los más pesados gigantes, los pantagruelos, los gargantúas, y los colosos que se exhiben en la feria de Neuilly, no cometerían tantos extraordinarios destrozos. ¡Hércules no rompió el lecho dónde Onfale le permitió hilar el oro de lana rubia! y lo de usted es tanto o más imperdonable, toda vez que no es ni obeso, ni enorme. Incluso tiene cierta esbeltez. Usted suple, inexcusablemente, su fogosidad por su peso. ¡Dios mío!, la cama rota, es algo con lo que, bien pensado, yo habría podido disculparle en cierta medida. El vigor de mis negativas – pues usted lo sabe, señor, me ha hecho valedora de la confianza de mi marido que piensa que he ido a ver a mi tía de Compiègne! – el vigor de mis negativas legitimaba, desde su punto de vista, la impetuosidad de sus ataques. Y además, sobre esta cama de albergue, usted me hablaba al oído por primera vez; ¡la novedad de la victoria implicaba el tumulto de la batalla! Pero este diván era el campo tranquilo tras el combate – que yo, turbada como estaba, ya había terminado con su ventaja, – ¡y no tenía ya usted ningún motivo para socavar las posiciones que yo había conquistado! Señor, sucederán mañana temprano cosas cuyo pensamiento no podré tolerar. Una criada, tal vez una chica decente, – pues todo es posible en provincias, – entrará en este apartamento, y comprobará que el diván está dislocado bajo el viejo tapiz en el que Tircis mira las piernas de Climena. Puede estar seguro de que no le perdonaré nunca la vergüenza a la que ha reducido mi inocencia; y siento ya que no experimento por usted más que un odio suavizado en vano por el recuerdo de las ilusiones frustradas.

Y hablando así en medio de la habitación, Roberta tenía lágrimas en los ojos, pequeñas lágrimas más gruesas que pequeñas perlas, – siempre que sean bonitas todas las perlas son auténticas, – y, como ella estaba sin camisa, no había nada más



encantador, sacudido e hinchado por los sollozos, que su blanca desolación visible de pies a cabeza.

El rompedor de divanes trató de disculparse.

–Pero, querida, dijo...

Ella lo interrumpió de inmediato.

–¡Oh! ¡sé perfectamente lo que va a responderme! El culpable, esta vez, no es usted solo. Gracias a enojosas insistencias usted ha logrado introducir en mí unos pocos de detestables pensamientos que lo acosaban. En mi abandono he tenido turbulencias cuyo único objetivo no consistían en evadirse de las tuyas. Soy yo, – ¡se atreverá a dármele a entender! – quién ha roto el diván. Pero sepa usted que no admitiré un solo instante tal ofensiva hipótesis,. Al principio me miré en el espejo, enfrente del tapiz, y estoy segura que no me he dejado de mantener ni un solo minuto, a pesar de algunas apariencias de complacencia, la actitud desinteresada que conviene conservar. ¡Lo demás, no importa! el hecho subsiste, real, innegable: ¡el diván es una ruina! y no espero que pretenda que me someta a la humillación que me reservan los cuchicheos y las risitas de los criados.

–¡Eh!, querida – dijo – arreglemos el diván del mismo modo que hemos arreglado la cama.

### III

Pero cuando finalizaron la tarea, cuando el diván tuvo el aspecto de un decente sofá sobre el que se hubiesen sentado apenas unos burgueses de visita, fue muy grande la perplejidad de los dos enamorados, pues ¿dónde acabaría su noche? No era cuestión de pensar en la cama semejante a un castillo de naipes, ni en el otro lecho, que un soplido hubiese convertido en astillas; y el amante, –¡tanto sueño tenía! – adoptó un aspecto tan penoso, considerando las sillas, estudiando los sillones, midiendo a ojo la repisa de mármol de la cómoda, que Roberta finalmente emitió una carcajada bajo toda la sacudida de sus cabellos que la cubrían como una camisa de oro.

Y, de inmediato, vestida con un camisón, tiró violentamente del cordón del timbre.

–¿La señora ha llamado? – preguntó entreabriendo la puerta, el botones del hotel, al que se le notaba que lo habían despertado.

Ella continuaba riendo.

–¡Eh! sí, he llamado.

Luego, encantadora, con todas las locuras en los ojos y en los labios, dijo:

– Esta habitación es incómoda. Pasa el aire bajo las ventanas. ¿No tendrán otra con muebles más sólidos?

### LA CAMISA NEGRA

Él esperaba a Genoveva. Cubierto con la bata matinal y los pies desnudos metidos en unas pantuflas turcas, – estando en su casa, – acostado sobre el diván no lejos de la chimenea donde enrojecían las brasas, fumaba un cigarrillo esperando a su bella y querida amiga. Ella no tardaría en regresar. Había salido a hacer algunas compras. Nunca se ausentaba durante mucho tiempo del domicilio completamente imbuido de rosa-blanca y habano, – salón y fumadero a la vez, – dónde desde hacía seis meses su amor tenía su nido. Ella iba a aparecer, un poco agitada por haber subido rápido la escalera, rosa bajo el velo, y se dejaría caer sobre el diván, al lado de él, con ese pequeño «¡uf!» tan bonito, que nadie sabía decir como ella; y tendrían una de esas tardes de charla íntima, con sus labios próximos, alientos mezclados, besos dados y besos devueltos.

Llamaron a la puerta.

¿Ya?

No, ella no hubiese golpeado.

–Entre – dijo Fabricio.

Vio a una chiquilla, delgaducha, despeinada, con aspecto de aprendiz, que llevaba en la mano una gran cesta abierta.

–¡Oh! perdón, señor, me he equivocado. Me envía el dueño de la tintorería. Traigo a la señora... Pero estoy equivocada. No estoy en el vestidor. La criada me había dicho: la segunda puerta en el pasillo. ¿Si el señor es tan amable de indicarme?...

Fabricio, que se había levantado, se alzó de hombros con aire de impaciencia.

–¡Eh! pregunte a Roseta.

–Acaba de salir, señor.

–Entonces deje todo eso sobre esta mesa o sobre los sofás, o dónde usted quiera.

–Sí, señor – dijo la aprendiz.

Extrajo de la cesta unos encajes encintados, finos tejidos, plegados o vaporosos, que depositó sobre la mesa de forma ordenada, cuidadosamente; luego se alejó con la cesta vacía, tras un saludo simpático que erizó sus cabellos. Pero Fabricio no se volvió a levantar. Miraba esas cosas ligeras, blancas, azules, rosas, color carne algunas, y sonreía reconociéndolas.

## II

¡Sí, desde luego, las reconocía! esa camisa de muselina de la India, tan transparente, sin mangas, ¿no era la que había visto deslizarse, con la hombrera desatada, a lo largo del más esbelto y liso de los jóvenes cuerpos, la noche en la que por primera vez Genoveva se había defendido mal? Él se acordaba de su éxtasis ante la fresca redondez de sus senos con puntas rosadas, también de la vacilación que había tenido, apartándose, reprochándose, no atreviéndose, temiendo perder en la embriaguez del beso la delicia de la mirada. Es algo cruel que se esté a punto de dejar de ver lo que los labios tocan. Y las otras camisas le recordaban otras noches, muchas bellas noches. Unas medias de hilo escocés, medias de redecilla, medias de día, de seda cruda, con remates dorados, lo hacían pensar en los queridos pequeños pies frágiles que él tomaba a menudo entre sus manos, estremecidos, semejantes a dos tórtolas timoratas. Un maillot le hizo recordar la fantasía que Genoveva había tenido a finales del carnaval, de disfrazarse de paje bajo la discreta máscara negra. Y los pantalones –seda ligera o ligera batista – lo incitaban a sonreír. Pues los pantalones habían sido entre ella y él gran objeto de discusiones. Ella se obstinaba en llevarlos, llena de modestia o pereza por el viento que se desliza, insistiendo al respecto lo que puede ocurrir a una mujer descendiendo una escalera en el preciso momento en el que un hombre la sube, y que, en el invierno, una se resfría muy fácilmente; él, reprobando esa prenda viril, esa travestización bajo la falda, que confunde, desorienta, y no admitiendo que el pudor o la salud salvaguardada sea una compensación suficiente a la incomodidad de los más crueles retardos. ¡Oh! ¡los divertidos debates! En el fondo, a pesar de sus teorías, él estaba encantado de que Genoveva llevase pantalones. Luego, ante todas esas telas que habían tocado la piel de su amiga, se sintió invadido, poco a poco, de una infinita ternura. Su amante no era solamente la más bonita de las mujeres; no se limitaba, –perfecta como era – a ser un manojo de simpatías, de perfumes, de sonrisas; era extraordinariamente virtuosa – ¡ramo de candores! Sí, virtuosa y fiel, no se podía decir lo contrario. Fabricio, gracias a Dios, no era uno de esos benditos de los que se abusa fácilmente; no se dejaba engañar como esos imbéciles que añaden fe a las visitas a casa de una tía en Batignolles o a la necesidad de acompañar a la casa del abogado a una amiga mal casada que quiere la separación. ¡Él veía con claridad! Pues bien, en toda la conducta de Genoveva, jamás había sorprendido nada que le autorizase a la menor sospecha. Ella tenía realmente en el corazón esa ingenuidad de chiquilla, esa imposibilidad de mentir, que tan visibles resultaban en la inocencia de su rostro, de sus miradas, de toda su actitud. ¡Traicionar, ella! el peor de los escépticos no habría concebido la posibilidad de tal cosa; y la fidelidad de Genoveva era tan incuestionable, tan evidente, que Fabricio no experimentaba ninguna especie de inquietud cuando, dos o tres veces al mes, para la supervisión de sus negocios, él se veía obligado a abandonar París y dejar el nido de amor, dónde ella se aburría tanto completamente sola como una paloma abandonada.

Como se abandonase, con el corazón fundido, a esos amables pensamientos, ¡de pronto se sobresaltó! ¿Qué significaba aquello? Allí, cerca de la camisa de muselina de la India, entre las medias de hilo escocés, las medias de redecilla, los medias de día, las medias de seda cruda, entre los livianos pantalones, había una camisa negra, una camisa de seda negra que él no conocía, que no había visto nunca, – no, ¡jamás la había visto! – y que sin embargo había sido usada, puesto que regresaba de la tintorería, que había sido puesta, – ¡y quitada!

## III

Todo parecía indicar que Fabricio, cegado por la ira, hubiese hecho de inmediato un guiñapo con la camisa denunciadora, si Genoveva no hubiese regresado en ese momento, un poco fatigada por haber subido la escalera, completamente rosa bajo el velo.

Se dejó caer sobre el diván, con ese pequeño «¡uf!» tan bonito, que nadie sabía decir como ella.

¡Pero no se trataba de decir «uf», bien o mal!

–¡Señora, usted me engaña! ¡Oh! sus estratagemas han sido urdidas hábilmente, y podría considerarse segura del misterio y de la impunidad. Pero no contaba con el azar, – ¡ese huésped de todas las traiciones humanas!– Él ha puesto en mis manos la prueba de su culpabilidad. ¡Mire! ¿Es esto una camisa o no? ¿Esta camisa es negra de seda? No espere hacerme admitir que es blanca y que es de batista. Es de seda y negra. Y bien, ante esta prenda última que nada tapa, y que, incluso tapando, no sería más que un vano obstáculo, se verá usted obligada a confesar que no la ha llevado jamás, que usted no se la ha sacado en mi presencia. ¿Delante de quién la ha tenido, delante de quién ha dejado de tenerla? Caramba, la felicito por su gusto en la elección de las lencerías. ¡La negrura de la tela debe hacer destacar como un milagro la delicada blancura de su carne criminal! Entre esas tinieblas sedosas, debe ser usted como un copo de nieve caído en la noche, como una pluma de tórtola entre dos alas de cuervo. ¡Miserable criatura! Yo meteré una bala de pistola o una punta de espada en cada uno de los dos ojos que la vieron tan blanca. Mientras tanto, vamos a explicarnos juntos, por favor. Va usted a confesar su atroz crimen sin subterfugios, sin reticencias; y, diga lo que diga, el resultado de ello será que mi cólera la arrojará por la ventana o mi desprecio le mostrarla la puerta.

Mientras Fabricio, – hombre bastante maleducado como puede comprobarse, – mantenía ese grosero discurso, ¿qué hacía Genoveva?

Estaba callada.

¿Prudentemente? ¿porque no tenía nada que responder? ¿porque, estando la camisa marcada con dos iniciales, era imposible hacer creer en un error de la tintorería? No. Me inclino más bien a pensar que Genoveva no era culpable; y la virtud calumniada no se rebaja más que con pena a las explicaciones.

La joven mujer se levantó.

–Adiós, señor, – dijo finalmente, dispuesta a salir.

Y, ofendida, mostraba un porte tan digno que Fabricio se sintió singularmente confuso; es que hay en la actitud de la inocencia, de la auténtica inocencia, un no sé qué inimitable, que da que pensar a las más firmes sospechas.

–Genoveva – exclamó él – ¡trate al menos de justificarse!

– No, – dijo ella.

– ¿Esta camisa tal vez no le pertenezca?

–Es mía, señor.

– ¿Tal vez fuese rosa o azul, y ha sido en la tintorería donde la han oscurecido?

–Siempre ha sido negra.

–Dígame que jamás la ha llevado, que la ha enviado, nueva aún y sin estrenar, a la tintorería por una razón cualquiera.

–Me la he puesto, no es nueva, adiós.

Y empujó la puerta decidida. Pero entonces sus fuerzas la traicionaron. No tenía el valor de abandonar a un celoso, demasiado amado, de algunas sospechas que albergaba; por desgracia, la pobre se fundió en lágrimas.

–¡Ah! ¡el ingrato! ¡él no comprende! ¡no comprende nada!

Luego, balbuceando, entre los más bonitos sollozos del mundo:

–¿Cómo? ¿No se acuerda que usted me dejaba sola a menudo, durante días, durante noches? A causa de sus negocios, dice usted. Y yo abandonada, ¿cómo iba a ponerme una de las camisas blancas, azules o rosas, cuyas hombreras ha desatado tan a menudo su impaciente deseo? No, señor, no, hombre cruel; para mis noches de soledad, para mis noches de viudez, tengo camisas negras, camisas de duelo, donde me duermo llorando, añorando sus caricias.

El la miraba, dudando.

–¡Ah! – continuó ella – cuántas veces llena de amargura y celos he mordido, lacerado, en mi aislamiento, esas camisas, ¡oscuro sudario de mi felicidad! A menos que no la hayan arreglado, ésta debe estar rota en más de un sitio, creo.

Él se precipitó, desplegó la camisa de seda negra. Desgarrada, en efecto. Aquí y allá. Rota. ¡Ante tal prueba, habría tenido que ser un gran tonto para conservar la menor duda! Fabricio se arrojó a los pies de su amante, pidiendo perdón. Era la conducta más sabia que fue posible mantener; pues Genoveva tiene los ojos muy bellos, más bellos aún entre las pestañas mojadas de lágrimas, y unos labios rosas que no han mentido nunca.

## FAVORES

### I

Muy aprisa, muy aprisa, con un parloteo de loro que se apresura, Lisa de Belvèlize se puso a hablar, sin siquiera tomar tiempo para quitarse su abrigo.

–Buenos días, querida. Sí, soy yo. No os levantéis. No me preguntéis como estoy, ni de dónde llego, ni si he hecho buen viaje. ¡No es momento de esas cortesías irrelevantes! Os vengo a anunciar una terrible noticia. Vaya, tienes un vestido de terciopelo gris, con unas borlas malvas, parecido al mío. He observado una cosa: a menudo nos hemos vestido de igual modo, sin dirigirnos la palabra. Un efecto de la simpatía. Siempre me habéis impresionado. Yendo al grano le diré, amiga mía, los hombres son unos monstruos. No es que usted deba afligirse en exceso por lo que pasa: ¿He dicho una terrible noticia? Me he equivocado. Se trata de un incidente muy común, del que una se consuela pronto, suponiendo que tenga necesidad de consolarse. No hay una mujer, ni una, a la que haya ocurrido lo mismo. Tan solo que mi vestido es un poco menos abierto por delante; vos podéis escotaros tanto como gustéis, gorda como sois. ¡Sois muy afortunada! Tocad bajo mi blusa, casi nada. Todo plano. Sin embargo, eso no es malo. En cuanto a los maridos, no valen más que por el temor que se les tiene. Al principio, cuando se nos muestra su conducta, bruscamente, una experimenta tal vez un poco de irritación. No se les tiene en cuenta, no; incluso sería muy comprometido serles fieles, lo que los encumbraría; no importa, su traición tiene algo de molesto cuando no se está acostumbrada a ello; pero es un hecho. En fin, como de algún modo habríais de adivinar este suceso, es necesario que yo os lo haga saber, puesto que todo el mundo habla de ello. ¡Es un deber de amiga! un deber que vos no dudaríais en cumplir, vos también si se presentase la ocasión.

La baronesa de Linège escuchaba sonriendo, con aspecto de no entender nada.

–Tiene usted razón,– dijo ella,– al pensar que yo soy capaz, hacia vos, de todo lo que sois vos capaz hacia mí. Pero la noticia, terrible, o no terrible, todavía estoy esperando a que me la cuente.

–¡Cómo! ¿no la habéis adivinado aún?

–No, os lo juro.

–Sabed pues que vuestro marido...

–¿El Sr. de Linège?

–Señora, supongo que no tenéis otro.

–¡Eh! bien, ¿mi marido?

–¡Débeis saber que os engaña, querida!

–Dios mío, ¡cómo me sorprendéis!– dijo la baronesa con la tranquilidad más perfecta. Jamás hubiese imaginado eso de él; siempre en el casino cuando no está en sus caballerizas, ¿dónde puede encontrar tiempo para los salones! ¿Así que de verdad, el Sr. de Linège tiene una amante?

–¡Sí!

–¿Desde cuando?

–Desde hace tres semanas.

–¿Exactamente? ¿Qué informaciones precisas tenéis!

–Tres semanas... tal vez un poco más, tal vez un poco menos... No puedo decir... algunos días más o menos...

–Sin duda, sin duda. ¿Es en París donde ha comenzado el asunto?

–No, en el castillo de los Perlières, donde yo estaba de veraneo...

–¿Mientras vuestro marido cazaba el zorro en Escocia?

–Sí.

–Pero, ¿entonces se trata de una mujer de nuestro mundo?

–Desde luego! ¡de la mejor sociedad!

–¡Perfectamente! Eso me alegra mucho. Entre nosotras, el Sr. de Linège se ha convertido en un palafrenero desde que se dedica a las carreras de caballos; temía que me hubiese proporcionado alguna rival indigna, actriz o casquivana, de esas chicas que se ven en los palcos de primera fila. Vos me tranquilizais, y dado que la amante de mi marido, de buena familia y elegante, sea además un poco bonita, yo me declararé plenamente satisfecha.

–¡Querida, dejadme abrazaros! ¡Aceptáis esta aventura de la manera más admirable! No arriesgo nada pues diciéndoos toda la verdad. Sí, vuestra rival es bonita, muy bonita; incluso hasta se llega a decir que es bella.

–¡Ah! mejor.

– Pero no es de su belleza de donde emanan sus más irresistibles seducciones. Unos son unánimes en adorar, otros en odiar en ella a una de esas personas llenas de capciosos artificios, que ha aceptado de la herencia de las Circés y de las Armides todo lo que la magia tiene de compatible con la modernidad; y ese es el aspecto sórdido de vuestro asunto; pues, sencilla como vos sois, o al menos me lo parece, no podríais triunfar sobre una mujer que, para seducir a sus víctimas, no tiene reparos en emplear los más sutiles y refinados hechizos.

–Es cierto que somos, vos y yo, tan ingenuas como es posible. Pero ¿sabéis que me intrigáis mucho? ¿Quién es pues mi rival?

–Me sorprende que su nombre no haya subido a vuestros labios, después de lo que le he contado. Es la temible flirteadora, la sabia, la perversa, la condenada, – ¡La señora de Ruremonde!

Pero la baronesa de Linège no pareció horrorizada del todo. Pensó durante un instante, luego, alzando los hombros, con un bonito movimiento que hizo estremecer las cintas malvas de las borlas, dijo:

–No.

–¿Cómo no? ¿vuestro marido no os engaña?

–¡Oh! sí. Desde hace tres semanas. Y el asunto ha comenzado en el castillo de los Perlières, donde vos veraneabáis. Excepto que la amante del Sr. de Linège no es la Señora de Ruremonde porque ella no ha abandonado París en esas fechas.

–¿No es...?

–¡Eh! ¡no, querida, puesto que sois vos!

## II

¡Difícilmente se harían una idea de la cara de pillada in fraganti que puso Lise de Belvélize! Pues nada era más cierto: ella había mostrado un poco de crueldad, ese otoño, hacia el Sr. de Linège; la comedia del flirteo, comenzada una mañana de caza y continuada las noches de teatro – ella Onfale, él Hércules, un Hércules muy real – había tenido un tierno desenlace en una noche sin luna, propicia para las escalas. Y lo que redoblaba la confusión de la culpable, era el fracaso de su mentira. Como se había comprometido bastante visiblemente por el barón en el castillo de los Perlières, y que el rumor de esa aventura no hubiese dejado de llegar hasta la señora de Linège, un día u otro, ella había pensado en desviar las sospechas de su amiga –¡eh! sí, de su amiga, mucho de cariño se mezcla un con un poco de traición – hacia la marquesa de Ruremonde, cuya fama era propicia a las calumnias. Pero he aquí que esa estratagema no había servido de nada: advertida por alguien malicioso, o por un secreto instinto, ¡la esposa traicionada sabía todo! No hay que decir que pasado el primer momento de turbación, Lise de Belvélize no dejó de protestar contra una acusación que ella juraba la más falsa y la más injuriosa del mundo. ¡Ella! ¡faltar a sus deberes! ¿Por quién se la tomaba? Gracias a Dios, ella no tenía nada que reprocharse, y hubiese preferido morir cien veces que dejarse, en una sola, besar la mano por el marido de... Pero a causa del aire que tenía la baronesa, un aire de certeza a la que nada hay que replicar, Lise juzgó bueno no perseverar en su inútil hipocresía; tomó la mejor decisión que tuvo a mano: dejarse caer en un sofá, casi desvanecida, con pequeños sollozos, muy bien fingidos, que tenían intención de enternecer los corazones menos inclinados a la misericordia.

## III

La Señora de Linège no estuvo tan solícita para perdonar a su arrepentida amiga; ella es, por naturaleza, muy proclive a la clemencia; se acercó, no enfadada, sonriente, y con una voz que nada tenía de severa, dijo:

–¡Eh! pequeña, ¿por qué desolarse así? Creed que os aprecio porque, en un momento de debilidad, – tres semanas no es más que un momento, – habéis consentido, por amistad hacia mí tal vez, en no desesperar al Sr. de Linège. ¿Acaso me quejo? ¿Acaso grito y lloro? Los maridos, decíais hace un rato, no valen más que por el temor que se les tenga. ¡Tenéis toda la razón! Miradme; ni estoy triste ni soy feroz. No será tal bagatela lo que nos impida llevar vestidos semejantes, sin dirigirnos la palabra, por simpatía. Os aseguro, mi querida pequeña, que no os quiero mal del todo.

–¿En serio? – balbuceaba Lise de Belvélize con un sollozo.

–¡En serio! Y la prueba es que os voy a hacer un favor. Fíjese, aquél precisamente que vos habéis fingido querer hacerme a mí. Solamente que yo no mentiré.

–¿Un favor?

–Sí. Debeis saber una terrible noticia. ¡Oh! ¡no debeis afligiros en exceso por lo que acontece!...

–¿Cómo? ¿Que? ¿Qué noticia?

–¡Vuestro marido os engaña!

Lise de Belvélize dio un brinco, con los ojos secos y el rubor de la cólera en las mejillas; pues es de esas personas que, no viendo ningún daño en el mal que hacen, consideran como un crimen irremediable la menor revancha que se decidan a cometer contra ella.



–¡Mi marido me engaña!

–Dios mío, sí, querida: ¿He dicho una terrible noticia? He cometido un error. Se trata de un incidente muy común, del que una se consuela pronto, suponiendo que haya necesidad de consolarse.

–¿Estáis segura?

–Todo el mundo habla de ello. Esas traiciones tienen no sé que de irritantes, cuando no se está acostumbrada a ellas; pero es un hecho.

–¿Desde cuando?

–Desde hace tres semanas.

–¡Entonces no fue a Escocia!

–No del todo. Debía contaros la verdad. ¡Era un deber de amiga!

–¿Y quién es mi rival? Vos lo sabéis, ¡decídmelo!

–¡Ah! esta es la parte sórdida del asunto. Pues, sencilla como es usted, no sabría triunfar sobre una mujer que, para encantar a sus víctimas, no tiene ningún reparo ante el empleo de los más sutiles, de los más refinados...

–¡La Señora de Ruremonde!– exclamó Lise de Belvèlize, furiosa a más no poder.– ¿Cómo es posible? ¿Cómo? Yo había imaginado... por broma... y precisamente, es ella...

Pero la baronesa de Linège la interrumpió con tal carcajada que sus senos, pues ella es un poco gorda, salían a medias, completamente sacudidos, del corsé de terciopelo.

–No, no, no es la señora de Ruremonde la amante de su marido.

–¿No es?...

–¡Eh! ¡no, querida, puesto que soy yo!

## LOS OTROS

### I

¿Y los otros? – dice Harpagón.

Pues, en la demencia casi sublime de su codicia, cree firmemente que La Flecha tiene una tercera mano, y una cuarta, y una quinta, y muchas más; cree que allí encontrará el dinero que le han sustraído, que le deben, ¡que quiere! El público ríe al escuchar estas palabras del Avaro, pero el poeta se entristece de él; por otra parte, él considerando también las misteriosas manos, que distribuyen los goces humanos, grandes y abiertas, exclama desesperadamente: «¿y los otros?» Es en vano que reciba, sin equivocarse ni en un rayo ni en una sonrisa, todo lo que pueda serle concedido: no quiere convencerse de que su providencial lote se limita a eso; por desgracia todo es tan poco...

### II

Ayer, sentado a su lado entre las persianas de la ventana abierta, admiraba a Carolina Fontèje, esa ilustre joven que en pocos años nos ha dado tantas nobles novelas y perfectos poemas.

Yo permanecía callado; ella miraba el mar.

–A algunas leguas – dijo en voz baja (habiéndome olvidado, sin duda), a algunas leguas, menos que un paso de Ogro, después del muro del horizonte, está lo que se denomina el infinito...

Tenía una temblorosa lágrima en las pestañas de sus párpados; no la retuvo, la dejó caer sobre su mano pálida al lado del diamante del anillo.

–¡Cómo! – exclamé yo – ¿lloráis como las otras mujeres? ¿Vos que sois grande entre las más grandes; que todos los triunfos os sobrevienen, que todos los orgullos os son permitidos; semejante a una Inmortal que caminase sobre la tierra, vos que pasáis por la vida entre el murmullo extasiado de genuflexiones, y sin embargo padecéis, como nosotros, de melancolía?

–¿Qué decís de orgullo? – dijo ella volviendo la cabeza. Ningún triunfo vale más que un beso.

–¿Acaso no sois la más grande enamorada al mismo tiempo que la gran poetisa? El divino azar, a fin de que no os pareciérais a ninguna otra, os ha dado la belleza suprema junto con el supremo genio y, burlándose de los avaros pudores, no habéis economizado más vuestro cuerpo que vuestra alma; bella, vos amáis como cantáis, inspirada; las delicias de vuestros labios no tienen nada que envidiar a las glorias de vuestra mente.

Ella sonrió con tristeza, con la mirada siempre fija en el horizonte de olas.

### III

Yo continué hablando cerca de su oído:

–Puesto que habéis contado vuestra vida en vuestras novelas y abierto vuestro corazón en vuestros poemas, ¿no se ignora nada de vos, señora! Siendo muy joven habéis sido la ingenua amiga de un hombre puro como vos; en el «verde paraíso de los amores infantiles,» habéis cogido juntos, en todos los arbustos, las flores apenas nacidas; hay, en una comarca de Provenza, bajo unos sauces, un riachuelo que se acuerda del día en el que metistéis vuestros pies descalzos en su agua, vuestros frágiles pies desnudos que él cubrió de temblorosas caricias. Luego, demasiado dulce para la vida, murió, transportando bajo sus párpados cerrados el recuerdo de vuestras miradas como un presentimiento del cielo, y sin que nunca ninguna otra boca hubiese mancillado sobre sus labios la inocencia de los vuestros.

–Primeros besos, primeras lágrimas, primaveras de la aurora y rocío de la mañana – dijo ella, rememorando.

– Jacques Fontèje os amó y vos os convertisteis en su esposa. Fue el decente y apacible himeneo con sus deberes y sus recompensas. Aquellos que os conocieron en esa época recuerdan una joven mujer sin adornos, sencilla, activa, poco habladora, con el rostro serio, con el sereno aspecto que da la resignación en la felicidad; y por la tarde, hacíais el té, contenta, como en una novela de Dickens, o bordabais junto a la mesa, bajo la tulipa de la lámpara hasta el momento en el que el reloj de péndulo daba la hora acostumbrada de la tarea recogida en su cesta y del sueño sin sueños en el lecho conyugal.

–Besos fríos de fieles labios, flores de lis sin perfume – dijo ella.

–¡Luego la necesidad apasionada de vivir os sacudió, os transportó! Habéis sido la que entrega la alegría deseando la alegría a cambio, la cortesana que hace pagar con amor. Con una impudicia sagrada, – pues no podéis dejar de ser diosa, – os entregasteis, pronto desnuda, a todos aquellos que por su juventud o por su belleza, por su genio o gloria, os encantaron u os asombraron; y ese desgarramiento de velo los deslumbró con nuevas estrellas. Habéis conocido los caprichos que llegan una noche y mueren riendo, las encarnizadas pasiones que no quieren ser arrancadas del corazón y juran que la muerte es el único día siguiente posible a la embriaguez. Nada de lo que es el amor os ha sido ajeno. Unos hombres recuerdan vuestras locas alegrías y otros vuestras celosas lágrimas, algunos de vuestros rubores, reminiscencias del infantil paraíso perdido. ¡Os ha gustado ser soberbia! y, ofreciéndos por recompensa, habéis convertido a cobardes en héroes; ¡os ha gustado ser terrible!, y, cambiándolas por bajezas, habéis transformado en vergüenzas las más seguras probidades. ¡Habéis ilustrado o deshonrado, pero siempre embriagado! Puerta de templo y puerta de prisión, os hacían falta unos dioses y unos presidiarios. Ojos de mujeres también se han mojado a causa de vos, ¡oh, adorable criminal que buscáis placeres más amargamente dulces en la cama usurpada a esposas anegadas en llanto!

–Besos numerosos, besos furiosos, matas de flores ardientes – dijo ella.

Pero se había levantado y caminaba a través de la habitación, hablando con su hermosa voz sonora.

## IV

Decía:

– ¡Vos no lo sabéis todo! Una parte de mi vida que yo he ocultado se os escapa. No he escrito todas mis verdaderas novelas, no he cantado todos mis amores. ¿Quién pues me sigue, quien pues me espía tan obstinadamente para conocer todos mis derroteros? Me he abierto camino por rutas misteriosas que conducen a donde nadie se atrevería a reunirse conmigo. He exigido a mi misma, como a los demás, vergüenzas. ¡Ah! ¿vos pensáis realmente que me ha bastado experimentar los goces ordinarios, decentes o culpables? ¿Qué me he contentado con francas ternuras y con las tentadoras angustias del adulterio? Eso es juzgar bien prudente la sed de infinito que me devora. Infinito por exceso, o infinito por defecto, poco importa. Retrasar los límites de lo posible es por lo que vale la pena vivir. ¿Terrible, habéis dicho? Yo soy peor o mejor que eso: infame. ¡Sí, me gusta confesarlo! Cansada de todo lo que es fácil, incluso del mal, ¡tan cómodo por desgracia! busqué y encontré delicias aún desconocidas. ¡ah! sin duda, lejos del día, de los bellos sueños y de las sonrisas. Pero hay expansiones que no tienen necesidad de sol, y en el misterio de la sombra donde recogí las perversas flores, más exquisitas por ser venenosas, hay irresistibles olores que os embriagan y os vencen. ¡No tratéis de comprender! Tengo piedad, habiendo imitado por juego, de esas pobres mujeres atormentadas a quién el demonio de las lujurias nocturnas aconseja aventuras de encrucijadas, o que, llenas de horror por si mismas, – ¡por tan poco, pobres niñas! – se arrodillan ante la cama de vírgenes asombradas, ante la cama de vírgenes que nos echan los brazos al cuello murmurando un nombre de novio. ¡No tratéis de comprender, os digo! Vuestro infierno no es como la sombra de vuestro paraíso, y se parece como se parece a una rosa su reflejo en un espejo negro. He descubierto, o he creído descubrir un infierno tan raro, tan lleno de incomparables y deliciosos suplicios, tan diferente de todos vuestros éxtasis y de todas vuestras torturas, que no podéis siquiera concebirlo en vuestra imaginación. Y yo soy allí la única condenada...

## V

Un poco espantado, respondí sin embargo:

–En ese caso, ¿por qué las lágrimas en vuestras pestañas? Puesto que el amor es la borrachera perfecta, y que vos habéis conocido todos los besos, incluso los más divinos, incluso los más horribles, ¿por qué esta tristeza y ese lamento, señora?

Ella se acercó, se volvió a sentar, y continuó mirando el mar.

–Sí, he conocido *todos* los besos... Pero – añadió con una mirada que detestaba el horizonte demasiado próximo, – ¡no conozco los otros!

## IDILIO DE OTOÑO

### I

Blusa de tela blanca, bordada de terciopelo rosa, pantalón de batista, – pues ella llevaba unos pantalones que apenas disimulaban la transparencia de la tela y los encajes de seda, por encima de la rodilla, atravesada de un fular azul, – Bérengère, con sus cabellos dorados por el día que se colaba entre los postigos a medio abrir, paró de empolvase la mejilla con los polvos de arroz y dijo aireando la borla:

–¡Es este sol de otoño con su ardor de verano lo que me anima y me turba tan singularmente! Al igual que en el cielo, algo en mi se ilumina, y pienso que me corren rayos por las venas. Fíjate, mira, querida, – no lo hago a propósito – mis párpados, a los que ningún beso sin embargo amenazan, se estremecen como si estuvieran al alcance de otros labios; mi pecho late, mira, a causa de los sobresaltos de mi corazón, semejando dos cúmulos de nieve bajo los cuales se despertase un pájaro; y otro despertar – que sería algo así como el florecimiento de una pequeña fresa en el musgo en octubre – me atormenta más de lo que podría describir. Realmente el único al que amo ha elegido mal la época para ir de caza a veinte leguas de aquí, al otro extremo del mundo; pues si hay momentos en los que nada importuna tanto como el cariño monótono de las parejas, hay otros en los que se desearía... ¿lo qué? ¡todo, por Dios! por tener una cita en Ville-d'Avray, en Meudon, no importa dónde, bajo las ramas iluminadas por el sol.

–¡A quién se lo vas a decir! – suspiró Thérèse. Yo estoy precisamente del mismo ánimo en el que tú te encuentras y no tengo menos de que quejarme, ya que mi marido ha partido con el tuyo. Hay que reconocer que los hombres, en muchos casos, se muestran torpes y desconsiderados a más no poder. Aquellos a quienes somos fieles, – ¡no son dignos de nuestra virtud! – habrían debido prever que tras las semanas de borrascas y de lluvia sobrevendría una tibia jornada donde la soledad desapacibles habitaciones nos sería completamente insoportable. Por lo que a mí respecta, desde que un rayo de claridad ha entrado esta mañana a través de las persianas y las cortinas y me levantó los párpados, comprendí, todavía adormecida, que tendría extrañas luchas que mantener en la jornada que comienza; y no dejaría de ruborizarme si la almohada de encajes, donde mi cabeza reposa sola, se dedicase a informar a todo el mundo las cosas que le he dicho acurrucada contra ella, radiante y despechada, en las delicias crueles de un sueño que nunca se acaba.

Beréngère tomó la palabra:

– ¡Pero será un gran error creer que yo me someteré sin oposición a la soledad y al aburrimiento! No, no me quedaré aquí como una cautiva, mientras tanta libertad y alegría ríe al otro lado de los cristales. Pondré mi vestido más claro y mi sombrero más florido, ¡quiero ir al bosque!

–¿Al bosque?

–¡Al bosque! Fíjate querida, ¿no es cierto que ha llovido ayer y que lloverá mañana?, ¿no es cierto que el otoño ha llegado? Estoy segura de que hay hojas en todas las ramas, flores en todas las matas, que los nidos bullen de vida, que las fuentes cantan, que los arrullos de las palomas, en el misterio de los árboles, constituyen el dulce ejemplo de los suspiros mezclados; y consideraría una desgracia si no encontrase en un sendero o en algún claro perfumado de tilo y menta, una de esas tiernas aventuras que cantan las poemas. ¡Hay amantes por todas partes donde hay pájaros y rosas! Hombres jóvenes, ciudadanos o campesinos, escapados de las ciudades o que vienen de los pueblos, – ¡hay fornidos y bellos campesinos! – paseándose por las alamedas en la búsqueda de la conquista amorosa que les prometieron las margaritas deshojadas; seré yo la que busca al más guapo y atrevido de ellos. Puesto que el sol, sin que tenga la culpa, ha puesto en mi corazón el deseo de un idilio, está decidido, ¡quiero uno!

–¡Oh, querida, que me dices, y que imprudencia vas a cometer! ¿Has olvidado esa incólume virtud de la que antes te hablaba?

–Mi marido, tú lo has dicho, debería haber previsto que hoy haría una buena mañana.

–Y bien, tienes razón,– exclamó Thérèse,– y la prueba de que esté de acuerdo contigo es que te acompañaré. Dime, ¿a dónde iremos? ¿a Croissy, dónde el río murmura a los pies de los sauces? ¿a Sevres, donde la espesura se llena del ruido de las bailes cercanos? ¿al bosque de Fontainebleau, frecuentado por los pintores? ¿a Bougival, escala de remeros? Lo terrible sería ser reconocidas. Pero con unos vestidos sencillos, vestidas de modistillas y velos prudentemente bajados hasta el momento de levantarlos completamente...

Oyendo esto, Bérengère no pudo disimular un leve malestar.

–¿Estás decidida a venir conmigo? – dijo.

–¡Sin duda!

–Es que...

–¿Qué?

–Es que la esperanza de un idilio de por sí ya tiene algo quimérico, y será más difícil todavía ¡encontrar... dos!

Pero Thérèse parecía mantener tan insistentemente ese proyecto de escapada, que su amiga no se atrevió a disuadirla; y partieron juntas, alegres, felices de estarlo, risueñas y cuchicheando hacia uno de los bosques donde dialogan, desde la primavera hasta el otoño, bajo los árboles nunca suficientemente tupidos, los besos y las disputas de los enamorados parisinos. Se preguntaban: ¿Qué ocurrirá?»

## II

¡El verano! ¡El verano ya! Los almanaques no saben lo que dicen, y en el mes de julio no hay tanto sol. La hierba bajo los botines tenía ramitas en flor, de donde se escapaban alegres saltamontes. Lavada por la lluvia, la vegetación se volvía más verde; si se veían aquí y allá algunas hojas brillantes era porque el pleno día del mediodía las doraba. Y sobre los caminos blancos, en las lejanías donde todavía permanecía un ligero vaho, en el linderó del bosque, donde zigzagueaban aún las repentinas golondrinas, bajo

las hayas, bajo los robles enlazados de hiedras, se extendía perezosamente, se deslizaba, se desvanecía el buen calor estival que aconseja hacer un alto cerca del frescor de las fuentes, y las siestas por parejas. El más cruel de los corazones femeninos se hubiese enternecido en esta caricia de las cosas, se hubiese fundido en la tibieza del aire; ahora bien, ese día ni Thérèse ni Bérengère eran crueles. ¿Pero qué? ¿Qué quería decir eso? ¿Todas las invitaciones a amar y ni un enamorado? Sonrientes profundidades se abrían en el bosque, y nadie, ni con una palabra o una señal, convidaba a las dos mundanas a perderse allí dentro donde hay sombra y dulzura? ¿De qué servía el misterio del bajo-bosque, la hierba mullida, la brisa que no habría pedido otra cosa mejor que revolotear entre los cabellos despeinados, y por qué los pájaros gorjeaban epitalamios, si no se celebraban bodas? Realmente la soledad parecía habérselo tomado en serio. En algunas ocasiones pasaban aldeanos por el camino. Pero, ¡bah! con una blusa verde, zuecos y la pipa en la boca. Esas personas nada tenían en común con los adolescentes campesinos de las pinturas y las églogas, que esperan su promesa tras la valla del pequeño jardín. Por momentos, desde un cabaret o algún albergue, salían ruidos de carcajadas entre tonadas de canciones; hombres jóvenes que se divertían junto a sus amantes con desenfadado humor; unas parejas se asomaban a las ventanas, una cabeza de jovencita echada hacia atrás con el sombrero casi caído, bajo un rápido beso. ¡Ah! esos parisinos, ¡qué fácil hubiese sido incitarles a la infidelidad hacia sus amiguitas de un día! Si solamente hubiesen visto a Bérengère y a Thérèse... Pero como ustedes bien suponen ellas no se paraban ni un minuto a pensar en semejante idea. ¡Entrar ellas en uno de esos tugurios campestres dónde hay una barra para servir vino en la sala de la planta baja! Nada más poner el pie en el umbral, se hubiesen muerto de vergüenza. No, lo que les faltaba, lo que ellas habían esperado en su relativa candidez, en su ingenua fe en el azar, era el encuentro con dos soñadores, tal vez poetas, casi niños, a los que un presentimiento de ser felices los hubiese conducido hacia ellas, de igual modo que ellas iban hacia ellos sin saber a dónde. ¡Oh! ellos no tendrían necesidad de decir ninguna palabra; unas manos les habrían tomado las suyas, unos labios les habrían sonreído muy cerca de la boca; y durante unas horas, bajo algún ensanchamiento de lianas o entre los brezos altos como espigas de trigo, hubiese tenido lugar un doble himeneo imprevisto, apasionado, encantador, donde los brazos por fin se habrían desprendido una vez llegada la noche sin que hubiese sido pronunciado un nombre, sin que se hubiese preguntado un nombre; luego ellas huirían, no volverían a ver nunca a sus cómplices de idilio, les habrían dejado el inmortal recuerdo de una infame delicia. Lamentablemente ese sueño no era de los que se realizan. Tras haber caminado durante mucho tiempo sobre la hierba o las piedras, rasgando sus faldas con los espinos, y un poco despeinadas por el viento que se burlaba de ellas, Bérengère y Thérèse se sentaron, muy cansadas, sobre la hierba, en el bosque, detrás de unos grandes árboles. Estaban allí, solas, y se miraban muy apenadas. ¿Así que eran imposibles los besos en el campo? ¿Cómo no habían aprovechado lo que la calurosa estación les había puesto en los ojos, en el corazón, por todas partes; esa intensa ternura, en ese momento lánguida, y más turbadora todavía a causa del día que finalizaba? Se miraban aún, desconcertadas a más no poder. Y para redoblar todavía la decepción de su desengaño, la naturaleza en torno a ellas, en la apatía del crepúsculo ya, se hacía más amorosa. Ni un soplo que no fuese una caricia, ni un ruido que no fuese como el eco de un beso. Se hubiese dicho, a causa de los infinitos cuchicheos de las hojas, de los pájaros, de los lejanos arroyos, que todo el bosque, en todo su misterio, en todo su silencio, en toda su soledad, estaba lleno de vagos himeneos. ¡Perfumes! ¡voces dulces que se apagan! Sobre una rama de roble se posaron dos tórtolas, y, rozándose las alas, se arrullaron un buen rato.

## III

Si les dijese que Bérengère y Thérèse estaban muy deprimidas regresando a París, ustedes no dudarían en creerlo. Verse inclinadas tan peligrosamente hacia la caída, y haber sido salvaguardadas de ello por la malicia del azar, es difícil de aguantar pacientemente. Imagino que un armiño estaría especialmente furioso, si, resuelto a mancharse, no hubiese podido encontrar el menor charco de lodo. Nada hubiese sido pues más natural que un poco de descontento en Bérengère y en Thérèse. Pero – cosa singular – ¡no estaban descontentas del todo! En el vagón, en el coche, no dejaron de cotorrear, alertas, locas, divirtiéndose por completo; e incluso, al regresar a la habitación en donde habían preparado su complot de escapada por la mañana, Thérèse tuvo un tan franco y alegre acceso de risa que Bérengère, un poco menos frívola, con aspecto de estar un poco cansada, no pudo dejar de sorprenderse.

–¿Qué te ocurre, querida?

– Es que pienso en una cosa... – respondió Thérèse.

– ... ¿qué te divierte hasta tal punto?

–¡Piensa un poco, mujer! es cierto que mis ganas de seguirte por el bosque tenía algo de absurdo puesto que en lugar de un idilio hubiesen sido necesarios dos; pero, en fin, si yo no hubiese ido contigo...

–¿Sí?

– Pues bien – acabó Thérèse con una risilla más hermosa – ¡no habría habido idilio del todo!



## **EL MILAGRO**

### HISTORIA REAL

#### I

En aquél tiempo yo viajaba a pie por las montañas del Tirol, con una mochila a la espalda y un bastón en la mano. Si, extraviado en esas soledades salvajes, un burgués de ciudad me hubiese encontrado al anochecer, en la vuelta de algún sendero que zigzaguea entre las rocas, o en un bosque de pinos frecuentado por las urracas, no hubiese dejado de poner sus piernas en polvorosa, ¡tal era mi aspecto inquietante, con mi rostro tostado por el sol y curtido por el viento, con mis cabellos alborotados y mi barba erizada! Pero si tenía con que espantar a los hombres, – vagabundo, sino bandido,– yo no daba miedo a los lagartos de oro verde alargados, con la cabeza oblicua sobre la superficie lisa de una roca, ni a las currucas grises que pelean a picotazos en un estremecimiento de alas, ni a las mariposas blancas o amarillas, palpitantes en la luz; los animales adivinaban que yo no les quería hacer daño; la ardilla negra, con la cola retraída entre las ramas, mirándome con curiosidad, no tenía intención de huir; e incluso yo podía aproximarme, sin que se interrumpiese el trino procedente de los montones de bloques derrumbados dónde el pájaro misterioso, el ruiseñor de los Alpes, que todo el mundo puede oír y que nadie ha visto, canta su canto claro, lento y puro, desgranado en el silencio como las sonoras notas de una flauta cristalina.

#### II

Una vez hube caminado toda la mañana sobre glaciares, pendientes de nieve, sobre el lecho de torrentes secos, llegué, no fatigado pero con la sangre fustigada por los vientos, la cabeza despejada y feliz, a un pueblo cerca de un lago, donde a mediodía daban las doce en un campanario de tejas rosas donde un gallo de cobre batía sus alas a cada campanada. La posada era bonita, con su barril de cerveza y su fachada por donde escalaba un rosal trepador; almorcé al aire libre cerca del agua verde, tan transparente que podía verse estremecer el acero vivo de las truchas; acabada mi comida, subí por un sendero de espinos y de moreras en flor hacia la pequeña iglesia completamente blanca de la colina.

Vista desde el exterior no ofrecía ningún interés. Sin duda, la iglesia de antaño, donde rezaban los antepasados, se había desmoronado, demasiado vieja, piedra a piedra, y se había sustituido por esta edificación sin carácter; casi cuadrada, con unos vitrales que parecían simples ventanas. No era más que una casa grande donde se oficiaba misa; tan solo el campanario suscitaba la idea de un edificio religioso. Pero, a su alrededor, el pequeño cementerio, entre rosales silvestres y sauces animados por el sol, espaciaba sus cruces de maderas y sus estelas de arenisca rojo; era melancólico y bonito; los difuntos allí enterrados debían dormir bien; su sueño, contento, sonreía en la alegría un poco difuminada de la luz, de las ramas, de las rosas. Cogí una flor cerca de una tumba reciente y entré en la iglesia, menos alegre pero tampoco triste, pensando dulcemente en los muertos.

### III

Solo una cosa era digna de entusiasmar a un artista en la solitaria capilla de muros encalados; se trataba no obstante de una obra maestra. ¿Quién había esculpido y pintado antaño ese admirable alto relieve, reliquia, evidentemente, de la iglesia desaparecida? Situado encima del altar mayor, sus oros apenas apagados, sus azules, sus púrpuras, todavía intensos a pesar del antiguo polvo, relucían a pleno día; y, después de los años, no tengo más que cerrar los ojos para volver a verla en un lejano resplandor. Delante los cuatro Evangelistas vestidos con largas túnicas escarlatas o violetas, bajo el vuelo de unos querubines mofletudos de los que no se percibían más que las cabezas y las cortas alas, Dios Padre, vestido con solemnidad, coronado de piedras preciosas semejante a un emperador, estaba sentado en un sillón dorado rodeado de nubes; y María, de rodillas, bajo un mantón azul que descendía hasta las sandalias, tendía los brazos como una suplicante hacia el Señor. Pero ella no lo miraba, volviendo los ojos, unos ojos donde brillaban dos perlas que eran dos lágrimas, hacia la tierra donde nosotros estamos. ¡Ninguna palabra podría expresar la melancólica y ardiente misericordia de esa divina mirada! Para esculpirlos en madera, para revestir de colores a los Evangelistas y a Dios Padre, tan intensos en su majestuosa bondad, había sido necesario la mano de un obrero perfecto, guiada por una alma inocente completamente imbuida de la fe de épocas pasadas; ¡pero qué piedad por los miserables y que amor por los que sufren había debido llevar en él ese artista para poner tanto ruego en los ojos de María! Lo que ella pedía a Dios Padre, en su muda súplica, era desde luego la gracia de algún mortal caído en la tentación por las estrategias del Maligno, y, en el momento que hubiese obtenido el gesto que consiente, ¡que pronto iría, dejando arrastrar su mantón azul de estrella en estrella, a llevar al pecador la buena nueva del perdón!

### IV

Sentado en una estela, consideré durante mucho tiempo al Señor, los cuatro Evangelistas, la Virgen; y meditaba con el alma enternecida, sintiendo penetrar en mí algo de la fe ingenua que había sobrevivido en la obra del maestro desconocido.

¿Dónde no se extravía el espíritu que piensa y que sueña? Poco a poco, llegué a creer que tal vez era yo el pecador por el que María imploraba la divina clemencia. ¿Puerilidad, locura? ¡no importa! Poeta prendado de la vana belleza de los seres y las cosas, casi niño, muy poco reactivo a las promesas de las sonrisas, era yo al que ella quería salvar, sacarlo del abismo de perdición; y, al igual que ella, yo tendía las manos hacia el Juez. En verdad, durante una hora estuve poseído de toda la religión apasionada e ingenua de un joven monje que se arrodilla y golpea su frente contra las losas de la

capilla. Esperaba que Dios Padre hiciese el gesto que consiente. Ese gesto, señal de mi salvación, – ese milagro, un brazo de roble pintado que se mueve y que baja. – lo esperaba, lo solicitaba, como una prueba de mis arrepentimientos aceptados, casi lo exigía como un recompensa por mi fervor. ¡Ese prodigio tendría lugar! ¡lo quería! ¡contaba con él! Puesto que la Providencia me había conducido a ese lugar por el bien de mi alma, era necesario que ella acabase su obra, y Dios no podía negarme el milagro que disiparía mis últimas dudas. ¡Con los ojos abiertos de par en par y con toda mi fuerza de voluntad y atención dirigida hacia las santas imágenes, me inclinaba, esperando!

## V

Una hora, quizás transcurrió más de una hora. El brazo no se había movido; yo seguía esperando. Pero una avispa que sin duda se introdujo por alguna grieta de un azulejo, revoloteó alrededor de mi cabeza en un rayo de sol. Ese ruido intenso, real, me despertó de mis quimeras. Me levanté sacudiendo mi ensoñación y pensé que me había vuelto loco. ¡Bien loco, en efecto! Tras un último vistazo al magnífico alto relieve, me dirigí hacia la puerta. Ahora, sonreía por mi ingenuidad. Un cepillo de cobre estaba colgado en una columna. «Para los pobres». Extraje de mi bolsillo una moneda y la quise introducir en el cepillo. Calculé mal, y en lugar de entrar por la estrecha abertura, la moneda se deslizó a lo largo de la pendiente de cobre y cayó sobre las losas rodando y atravesando más de la mitad de la iglesia. Yo corrí tras ella. Cuando tras recogerla del suelo me incorporé, me encontré frente al altar lateral que todavía no había visto. Un cuadro lo decoraba, una torpe copia de alguna tela antigua representado a Cristo rodeado por los escribas y los fariseos, y, sobre un rollo desplegado que Jesús tenía en la mano se encontraban escritas estas palabras extraídas de un evangelio: «*¿Por qué esta generación reclama una Señal? En verdad os digo que esa Señal no os será dada.*» A mi pesar, me estremecí ante el altar al que me había conducido la moneda caída y rodante, y me retiré pensativo. Después de esto he pensado muchas veces en la respuesta que el azar me dio (¿pero existe el azar?) el día en el que pedí un milagro en la iglesia de Saint-Wolfgang.

## LOS DOS AVAROS

### I

Esos dos avaros, ambos ancianos, sin criados ni sirvientes, vivían en un barrio de la pequeña ciudad; sus casas, de piedra gris, taciturnas, pesadas, macizas, se tocaban y se parecían con sus ventanas casi siempre cerradas, polvorientas y aseguradas con cadenas enrolladas, con sus flamantes puertas que raramente se abrían; no frecuentaba el uno la casa del otro ni tampoco recibían visitas; en la comarca, las comadres sabían que allí vivían dos hombres, pero lo habían sabido por tradición más que por experiencia personal, pues ellos jamás se asomaban a la ventana y no salían excepto para ir a buscar provisiones pero a horas muy tempranas, cuando casi no había nadie por las calles. Las abuelas recordaban, no sin esfuerzo de memoria, que hacía tiempo, después de una guerra civil que había desolado los campos, destruido granjas, incendiado castillos, se habían establecido dos extranjeros en esas dos viviendas; para ser servidos habían contratado a una mendiga de los caminos, un poco lerda, que sacaba el agua del pozo, limpiaba las habitaciones y preparaba las comidas que ellos tomaban juntos; luego la mujer había muerto sin haber dicho nada de sus amos, salvo que uno se llamaba Anselmo y el otro Juan; ellos no le buscaron sustituta. Durante algunos años Anselmo y Juan continuaron almorzando juntos; se les veía dirigirse, a las horas de las comidas, a aquél hacia la casa de éste, o a éste hacia la de aquél, y, por la noche, una de las ventanas de una de las dos casas se apenas se iluminaba, tristemente. Luego los vecinos dejaron de reunirse; en vano se acecharon las idas y venidas de una puerta a otra; la soledad acabo de aislarlos en su casa a cada uno de un modo continuo y obstinado. Ahora vivían por completo fuera de la vida; las fachadas de sus domicilios, mudas y ciegas, desafiaban la curiosidad que finalmente se cansó.

### II

Una noche, a la luz de una lámpara de mano colgada en la pared de madera, Anselmo, sentado en su cama, se inclinaba hacia un gran cofre abierto donde brillaban, deslumbrantes, de cobre y de plata, unos luises de Francia, federicos de Alemania, soberanos ingleses, cuádruples españoles, florines, doblones, piastras, cruzados, ducados, guineas...; todas las efigies, todos los relieves, todas las milésimas; y, como si

un pirata que saquea los mares de un polo al otro hubiese vertido allí su carga de riqueza, se mezclaban con las monedas de Europa los talegos, los catis, los cayas, los copang, los dólares, los sequin, el sarafi, los mamoudis, los niscifs, los patacos, las pagodas, los sultaninos, y los yarembecs, y también las preciosas conchas llamadas zimbis o cauris, que los negros ribereños de Kouara y del Korourou cambian por los besos de las negras de gruesos labios. ¡Prodigioso montón deslumbrante y sonoro! Embriagado, Anselmo lo contemplaba, lo tocaba, lo besaba, el oro cegando sus ojos, el oro llenando sus manos; luego tras haber quitado su ropa, y sin camisa, se precipitó hacia el cofre, ancho y largo como una bañera, y se hundió en él, dando vueltas, martirizándose, desgarrándose, feliz de herirse donde las monedas entraban en unas sangrientas huchas; tanto fue así que al fin, roto por el exceso de gozo, cayó en éxtasis con un estertor dulce, y, conservando bajo sus pupilas cerradas la deslumbrante visión, se quedó dormido completamente desnudo sobre ese oro, como un amante extenuado de amor.

Entonces, en el silencio nocturno, se produjo un pequeño ruido deslizante y chirriante; un cristal de la ventana se soltó; una cabeza, unos hombres, un busto se insinuaron lentamente en la habitación. Era Juan, el otro avaro que entraba. Con un paso sordo y las manos hacia adelante por temor a algún ruido delator, caminó hacia el cofre donde la lámpara iluminaba, entre el fulgor de las monedas, la desnudez del durmiente. Éste se había dado la vuelta sin despertar; roncaba acostado sobre la espalda. Juan extrajo de su bolsillo un largo cuchillo, muy largo, muy puntiagudo, que brilló: se puso de rodillas, silencioso, con mucha precaución, como una madre que vela sobre una cuna; levantó el arma, manteniéndola firmemente sujeta por el mango. Pero vaciló durante un instante. Realmente había en sus ojos piedad. Entre esos dos hombres, en el que uno había venido para asesinar al otro, sin duda existían unos lazos que el tiempo no había podido del todo romper; recuerdos de peligros compartidos, remordimientos por los mismos crímenes, lo que dejan de camaradería las viejas complicidades. ¡Bajo un estremecimiento de la lámpara el tesoro brilló como un brasero que el viento reanima! Juan no dudó. Hundido de un solo golpe, el cuchillo atravesó la carne y el corazón, de tal modo que la punta se rompió sobre las monedas al traspasar el cuerpo. Anselmo estaba muerto, sin un suspiro, sin un movimiento; solamente un borboteo de sangre le subió a la garganta. Luego, un cadáver, que Juan levantó y acostó sobre la cama. Hecho esto, se arrojó hacia el cofre con ardor, – ¡no tenía nada que temer ahora! – tomó a manos llenas las piezas de oro, de plata, de cobre, llenó una gran bolsa que había traído; y, cuando salió de la casa, con la espalda curvada bajo el enorme fardo, – habiendo abierto las puertas con las llaves robadas, – unas llamas, tras él, subían por los muros ya en un intenso crepitar, se izaban entre los pliegues de las cortinas, lamían las sábanas de la cama, lamían la piel del muerto, le iluminaban la barba y los cabellos.

### III

Dado que nadie había visto a Juan introducirse en casa de su vecino en la oscura noche, puesto que nadie lo había entrar en su casa doblado bajo el saco lleno de oro, ¿quién habría podido sospechar el doble crimen de haber matado al hombre y haber incendiado la casa? La investigación de los jueces concluyó en accidente; sin duda Anselmo se habría dormido sin apagar la lámpara que, cayendo, había prendido fuego a las cortinas del dormitorio y a la madera de las contraventanas; Después de que los huesos del viejo avaro, encontrados no sin dificultad entre los despojos y las cenizas, fueron sido inhumados en el pequeño cementerio fuera de la ciudad, al pie de la colina, se dejó de pensar en el asunto, como un hecho que se olvida. ¡Seguro de su impunidad,

Juan estaba exultante de gozo! pues, a su propio tesoro oculto en un hueco de la pared, había añadido el tesoro de Anselmo; ahora era él quién cada noche, enloquecido, ebrio, ¡contemplaba, tocaba, besaba el prodigioso montón deslumbrante y sonoro! ¡Ah! ¡ah! En verdad todo era para el mejor. Ese imbécil de Anselmo dormía bajo una losa de mármol en el cementerio, frío, descarnado, esquelético, mientras él, Juan, rebosante de vida, se regocijaba en las caricias desgarradoras y deliciosas de las monedas, se extasiaba sobre el oro, en el oro, como un amante extenuado de amor en los brazos de su amante.

#### IV

Pero un día, inclinándose hacia el agujero del muro donde ocultaba sus riquezas, ¡Juan emitió un grito terrible! Le habían robado, sí, robado. Vacío, el agujero vacío y negro, el agujero que todavía ayer se iluminaba como una magnífica hoguera. Con los ojos desorbitados, los dientes en los labios, los cabellos arrancados en sus puños, no dejaba de gritar con un grito agudo, desgañado, siniestro, ¡semejante al de un perro herido que aulla! y tal fue este clamor que a través de los macizos muros, los postigos de madera y hierro, las triples puertas flamantes, fue oído en todo el barrio, despertando y sacudiendo a los durmientes que se incorporaron frotándose los ojos. Acudieron en tropel, a medio vestir, hombres, niños y mujeres. «¿Qué ocurre? ¿qué sucede? ¿a quién han asesinado?» y echaron abajo las puertas a causa del lamentable grito que desgarraba las tinieblas, y vieron al avaro, herido, con los ojos ensangrentados, con baba en la boca, que aullaba desesperadamente ante la negrura del agujero vacío. En la incoherencia de su diálogo, podían adivinarse estas palabras: «Me han llevado todo. ¡Ay ¡ ¡ay! me han llevado todo. ¡Es verdad! pero no es posible. Un ladrón no ha podido introducirse aquí puesto que hay barrotes de hierro en todas las ventanas, las puertas cierran bien y yo tengo todas las llaves en mis bolsillos. Fijaos, mirad, las llaves, ¡aquí están! y sin embargo, es verdad, se me ha robado. ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Acaso hay personas que pueden atravesar las paredes, que pueden pasar por el agujero de las cerraduras? ¡Mi dinero! ¡mi oro! ¡mis hermosas monedas de oro! ¡mis cruzados! ¡mis piastras! ¡mis federicos! ¡mis dólares! ¡mis doblones! ¡mis florines! ¿dónde están? ¿quién se los ha llevado? ¿quién me ha arrebatado mi amor, mi dicha, mi sangre, mi corazón, mi vida? » Y en medio de esas vanas palabras gemía desconsoladamente, como un animal que se degüella. De pronto, se calló, se detuvo, palideciendo todavía más, más pálido que los sudarios, resultaba incluso desagradable verlo de tal modo el espanto le contraía el rostro bajo el erizamiento de sus cabellos grisáceos. Sin duda, alguna horrible idea le había invadido el espíritu. Tras un largo silencio, que interrogaba con la mirada el asombro de la muchedumbre también silenciosas, abrió la boca como para expresar ese pensamiento que le había sobrevenido súbitamente y balbuceó: «¿Y si fuese...? ¡oh!... ¿si fuese...?» Pero no acabó, y, tras un estremecimiento de todo su ser, cayó muerto en el suelo, con la cabeza rebotando en el borde del agujero vacío.

#### V

El año pasado, – mucho tiempo después de esta sórdida aventura, – a causa del trayecto de un ferrocarril que debía atravesar la llanura al pie de la colina, se exhumaron los muertos del pequeño cementerio. Unos enterradores se poyaban con todo su peso sobre unas palancas a fin de levantar una losa de mármol; la losa – bajo la que reposaba Anselmo – se levantó, y entonces los hombres dejaron caer sus útiles, con los brazos levantados, estupefactos, asombrados; pues allí, ante ellos, en la fosa abierta, en el ataúd

abierto, resplandecía un prodigioso montón de oro, de plata, de cobre, y, entre todo ese esplendor, las dos manos de un esqueleto estrechaban unos sequins y unas piastras entre sus blanquecinos huesecillos.

## PRUEBAS

Las tres estaban encantadoras, – Jeanne, Thérèse y Bérengère, – hablando de sus amores, cada una alabando a su amigo, cada una creyéndose la más amada de las tres.

– ¡Al que permito por las noches – dijo Thérèse – despeinar mis cabellos, me da la mejor prueba de cariño que una mujer pueda desear! Pues, sin dudarlo jamás, sin considerarlo siquiera, él derrocha, siguiendo los dictados de mi capricho, unas sumas tan considerables que cuando se arruine recuperará su fortuna a fin de volverse a arruinar. Ese collar de perlas negras que la más rubia de las Altezas soñaba con encontrar en su ajuar de bodas, – pero el real novio no era lo suficiente rico, – ¿sabéis por qué ya no está en la joyería de la avenida de la Opera? porque yo lo he depositado en mi joyero. Soy de la opinión que la habitación donde las princesas de los cuentos cuelgan sus faldas bordadas de luna y sol no sería, comparada con los armarios forrados de seda y atestados con mis vestidos, más que una sórdida tienda de miserables harapos; las muselinas de Sirinagor y las fallas de Lyon, los brocados y las telas de seda, las floridas batistas que lucen las marquesas vestidas de pastoras, y la blusa en hilo de palmera, parecida a la zurzida en dos lugares hacia lo alto de la cadera, – pues el rey Salomón la había roto, – con la que se vistió la reina de Saba para tentar al guapo eremita, los muarés, los terciopelos, las telas de China y las de Siam, todas las telas que deslumbran han sido bordadas para mí sola, en camisones y en vestidos, por un costurero de genio, y su magnificencia ha sido tan adecuada de modo que hiciese realzar la gracia gruesa de las curvas y la gracilidad de las delgadeces, – pues, alguna delgadez aquí y allá es necesaria, – que la más perfecta de las mujeres que hubiese estado tan confiada en su desnudez como la Afrodita del monte Ida, ¡no hubiese dejado de preferirlas a la transparencia del aire! Pero el más exquisito de los lujos que debo a mi amigo, es el de la habitación donde no dormimos. Yo me enredo, radiante, en sábanas de alençon; muerdo, cuando los encarnizamientos de sus caricias me obligan a desplegar cortas indiferencias, muerdo almohadas de seda, cada uno de cuyos desgarros supone un tesoro perdido; y cuando, pidiendo gracia con ruegos que no quieren ser atendidos, me escapo de la cama y me niego a regresar a ella, descalza embutida en abrigos de piel de zorros azules, entre las figuritas de porcelana de Saxe y de Japón, que tiemblan bajo un techo donde sonrío una recién llegada a Citara, pintada por el gran Watteau, veo reflejarse los oros de mi cabellera despeinada y las puntas rosas de mi pecho en unos antiguos espejos italianos, pagados al peso del diamante, donde, según



los certificados de los expertos menos sospechosos, se han mirado solamente la hermosa novia de las Bodas de Canán y la Mona Lisa de Leonardo da Vinci.

Thérèse se calló, triunfante.

–Es cierto – dijo Bérengère, que la generosidad de un hombre es una buena prueba de la pasión que han sabido inspirarle. Pero el amor excesivo se afirma mediante otras pruebas. Prodigar el oro que se tiene, o que se tendrá, es en suma un mediocre sacrificio; el amante preocupado de merecer el perfume de nuestros labios lo que debe ofrecer a todas horas, en todo minuto, es su sangre, es su vida. ¡Mi amigo se ha batido por mí diez veces en un solo año! Ha matado a un imbécil que se había atrevido a decir desde su silla, debajo de nuestro palco – ¡después de haberme mirado! – que no había en la sala ninguna mujer bonita; un día fue herido de una estocada en pleno pecho por un impertinente que, una mañana, en el Bosque, paseando a caballo al lado de mi coche, había hecho observar, con voz muy alta, que yo tenía los ojos más bonitos del mundo. Otro de sus duelos lo motivó mi abanico, que al caerme en la ópera, fue recogido demasiado aprisa por un noble ruso que me los entregó rizando su bigote. Y tened en cuenta que mi amigo es el menos entendido del mundo en asuntos de esgrima o tiro. ¿Dónde encontraría el tiempo para ir a ejercitarse en las salas de armas, puesto que raramente abandona mi salón? Incluso no es muy valiente. A menudo le he visto tener miedo. Sí, miedo, como una mujer; eso es encantador. Pero lo que le da valor es haberme entregado su corazón. Y el otro día, regresando de Meudon, dónde a punto estuvieron de matarlo, se excusó de no ofrecerme más que el tallo de una rosa recogida para mi y conservada durante el duelo en su ojal porque la bala, al pasar, había deshojado la flor.

## II

Picada, Thérèse respondió:

– Una no esta verdaderamente segura de ser amada más que cuando ha sido preferida a las demás. Escucha, y reconoce que ninguna mujer es querida tanto como yo lo soy. El mes pasado, una joven sueca, - tú sabes lo que quiero decir, - hermosa con locura, locamente rica, emparentada con duques regentes y banqueros, apareció en sociedad donde bailamos el cotillón. ¡Tan blanca que parecía verse sobre sus hombros el invierno de su país! ¡Tan rubia, tan dorada, ¡que parecía cubrir su cabeza con su dote! y con todas las inocencias y todos los encantos en la gloria de un rango ilustre. Una rosa blanca entre las páginas del Almanaque de Gotha. Ella se enamoró de mi amigo y deseó que él la tomase por esposa. Ella le ofrecía, – con sus carnes níveas y sus cabellos soleados, – todo lo que podría dar Serphita prima de rey e hija de usurero. Pero él ni siquiera se tomó la molestia de decirle a la enamorada que él no la podía amar; y tal es su ceguera por todo lo que no soy yo que, buscando un pretexto plausible para rechazar a esta virgen tan pálida con cabellera flumígera, acabó diciendo... ¡que él no amaba más que a morenas!

Thérèse no añadió ni una palabra más, convencida de que no había respuesta que temer.

– Sin duda, sin duda – dijo Bérengère, hay algo de halagüeño y significativo en el hecho de ser preferida a una joven muchacha del Norte que tiene el Oriente en los cabellos. ¿Pero para que buscar pruebas de cariño más allá del cariño misma? ¡Mi amigo me demuestra que me ama, amándome! Es terrible, sin pausas. Querida, te aseguro que es terrible. Entre los más ardientes, entre los más jóvenes, están aquellos que esperan el momento propicio, las circunstancias, ¿qué se yo? que los incite al arrebato. Pierden la cabeza cuando la ocasión les es ofrecida. Para volcarse en la pasión

tienen necesidad de tener sus comodidades. Van a buscar una alfombra a la casa para que el verdor de la hierba no manche el vestido de la amada. Algunos incluso, –¡ah! Dios nos guarde de encontrar nunca a tales personas! – no deben el resurgir de sus deseos más que al hábito. Para ellos la hora de los besos es cómo la hora de las comidas. Se acuerdan de amar cuando tienen ganas de dormir, al presentarse la misma ocasión. Su pasión tiene necesidad de este pretexto, de esta excusa diría yo: la cama donde van a roncar. ¡Misericordia! ¡poner los labios en los labios, echar los brazos al cuello, porque una pierna, por casualidad, o buscando la bola calida, ha rozado otra pierna! Pero aquél que yo elegí, –¡cuanta razón tuve en elegirle! – para ser irresistible no espera ser invitado por banales conveniencias. Basta que esté allí y que sea allí para que me transporte. Me quiere porque me ve. Ignora los preámbulos, no deja nunca para mañana los únicos asuntos verdaderamente serios. Y la frecuencia, ¿qué digo?, la continuidad de su querido arrebató se manifiesta en furiosas rudezas, en tales brutales abrazos que, si yo fuese una ninfa de los bosques y él un fauno que me arrojase, estremecida y cautiva, contra el tronco de un roble, los transeúntes, al día siguiente, creerían que un rayo había caído allí, – ¡a causa del árbol abatido en los brezales!

### III

Ahora bien, mientras ellas alternaban como en una égloga, Jeanne, con aire soñador, no decía ni una palabra.

– Y tú, querida, ¿qué prueba tienes del amor de tu amigo? Después de lo que acabamos de decir, no te atreverás a afirmar, supongo, que eres amada más que nosotras.

Jeanne sonrió.

–Dinos, ¿tu amante ha inventado para complacerte lujos maravillosos, donde uno se deslumbra viviendo entre ellos?

– No, dijo Jeanne, él es pobre; como no hay alfombra en nuestra habitación, yo caminaría a menudo descalza sobre el pavimento si él no me tomase enseguida en sus brazos.

–¿Se ha batido por ti diez veces en un solo año?

–Ni una sola vez en tres años! Él sabe perfectamente que me moriría de miedo si quizás le ocurriese algo malo.

–¿Te ha preferido a alguna rica y noble heredera?

–Él no va a fiestas donde vosotras bailáis, porque nos gusta más estar solos.

–¿Al menos te desea con ese furor que haría creer que la tormenta asola el bosque?

Jeanne volvió a sonreír, sin responder.

Luego dijo con mucha serenidad:

– Sin embargo, estoy segura que su amor está por encima de todos los amores.

–¿Estás segura? ¿Y por qué?

–Porque al anochecer se arrodilla a mis pies y me toma las manos y las besa, y me jura que de todas las mujeres de la tierra yo soy la más adorada. Sí, él habla así, con una dulce voz, besándome las manos; y, puesto que le amo, le creo.

## EL DON SUFICIENTE

Cuando llegó a estar seguro de su vejez, el príncipe dijo a la buena hada:

–¡Ah!, buena hada, ¡cómo me habéis engañado! Me prometisteis que en mi camino encontraría en forma de mujer el perfecto ideal por quien moriría de amor; y en vano he caminado, al principio triste, finalmente cansado, y no la he encontrado.

–Eso si que es extraño – dijo la buena hada – Pues yo he tenido la precaución de colocar ante tus pasos, de poner a tu puerta las jóvenes más puras jóvenes y las mujeres más cariñosas. Estoy sorprendida de que tu anhelo no se haya cumplido. Pero, te lo ruego, cuéntame las vicisitudes de tu viaje, a fin de que sepa en que te han disgustado aquellas que todo lo tenían para encantarte.

–Este relato, – dijo el príncipe suspirando, – no podría hacerlo sin que se reaviven en mí amargas angustias. Sin embargo, puesto que tal es vuestro deseo, no os ocultaré nada, buena hada.

## II

El príncipe dijo:

– Acababa de cumplir dieciséis años el día que ví asomada a la ventana a la hija del molinero, fresca como una flor y cantarina como un pájaro con los cabellos color de la paja. ¡Oh! ¡qué ojos inocentes tenía! No resultaba asombroso que ese día el cielo estuviese gris, puesto que todo el azul lo tenía ella en sus pupilas. «–¡Buenos días, hija del molinero! – ¡Buenos días, hijo del rey!» e intercambiando estas únicas palabras ya nos amábamos. Ella no dudó un solo instante, la inocente, en seguirme al bosque vecino; se sentó a mi lado sobre un roble caído; dejaba sus manos en las mías, no me prohibía, en la tierna soledad, bajo las ramas llenas de nidos, respirar la fragancia de la invisible flor que tenía en los cabellos. «¡Oh!, le dije, ¡escucha que bien canta esta curruca!» Ella suspiró, burlándose; yo me había equivocado; era mi amiga la que había hablado. Y me decía los cosas más divinas: que nunca ningún hombre antes que yo había turbado su indiferencia, que al verme había creído sentir abrirse en su corazón una rosa, y que esa flor, la rosa de nuestro amor, no se marchitaría nunca. ¡Yo os bendije, buena hada! ¡Había encontrado en mis primeros pasos el ideal deseado! Y creí que era feliz. Pero pronto vi que la hija del molinero me hablaba de ese modo porque yo era el

hijo del rey; lo que ella deseaba en realidad no eran mis labios en su boca, era mi corona en su frente. Me eché a llorar decepcionado y seguí mi camino.

–Príncipe, dijo el hada, eres un observador muy sutil. Continua con tu relato, te lo ruego.

### III

El príncipe reanudó su narración:

– Llegué a una gran ciudad donde había más mujeres hermosas que en ningún lugar de la tierra. A decir verdad, eran personas que carecían de virtud, que abrían sus puertas y sus corazones tras poca resistencia. ¡Pero eran tan adorablemente bellas! La que elegí – ¡yo le había hecho entregar mediante cuatro negros africanos como regalo un cofre lleno de diamantes del Brasil! – me acogió en una alcoba en la que al principio pensé que se habían deshojado las rosas más blancas del mundo y que habían nevado los copos más blancos del cielo; no, era ella la que estaba allí acostada. ¡Ah! ¡cómo la amaba! Qué locura haber adorado jóvenes, más ambiciosas que amorosas, que quieren casarse porque sois el hijo del rey. Yo detestaba las falsas ingenuidades, las hipocresías de esos pequeños candores, – ¡admiraba el esplendor sublime de la carne! ¡Os bendije, buena hada! pues jamás tan magnífica, tan perfecta, tan maravillosa criatura desnuda se había abandonado en los brazos de un amante. Había encontrado una especie de ideal, inferior tal vez, ideal sin embargo; y creí que era feliz. Pero no tardé en observar que mi amante, tan incomparable, tenía debajo de la nuca, hacia la espalda, una mancha casi invisible de color frambuesa morada; huí de allí decepcionado e intenté de nuevo los azares del camino.

– Príncipe, dijo el hada, no hay que mirar a las diosas tan de cerca. Continúa tu relato, te lo ruego.

### IV

Le príncipe prosiguió:

– ¡He encontrado, he admirado, he poseído a muchas otras mujeres! Gracias a vos, que habéis preparado las etapas de mi itinerario amoroso, he visto por todas partes labios rosas, senos níveos y cabelleras relucientes de oro; pero, siempre en el instante en el que mi deseo iba a divinizarse en su completa realización, siempre, un sensible defecto, la aparición de una mancha, me desalentaba de la alegría, me hacía volver a caer en la desesperación de la insatisfacción. Una recién casada, virgen todavía por apenas haber dejado de serlo, me echó sus brazos alrededor del cuello. Mientras se entreabría su boca bajo mi beso, me acordé de su marido, feo, envejecido, entrecano; tuve un acceso de pavor, ante esos deliciosos labios, labios que él había tocado, y la rechacé como me negaría a recoger una flor donde reptaba una babosa. Una poetisa, para quien yo cantaba versos, me confesó, tras haber fingido admirarlos, que ella no comprendía porque yo había perdido el tiempo buscando tan bellas rimas; y había un hiato en el soneto que ella me dedicó a cambio. ¡Huí de allí! Me prendé de una actriz que representaba comedias burguesas en no sé qué teatro de no sé qué ciudad. Era exquisita, con todas las ensoñaciones en los ojos y todas las ternuras en la voz. «¡Ah!, le decía yo, ¡cuánto os adoro! y cómo lamento que os veáis obligada a representar en salones forrados de cretona a la joven muchacha que se casa con el ingeniero, – ¡vos que modularíais tan deliciosamente, en el bosque cerca de Atenas, los arrullos de paloma donde desfallece el corazón de Hermia!» Ella me dijo: «¿Hermia? – Sí, le dijo yo, Hermia, en la comedia de Shakespeare»; y el nombre de Shakespeare la sorprendió,

como un ruido que jamás hubiese oído. En fin, que más os podría contar buena hada, – ¡o hada malvada más bien! – vos os habéis burlado miserablemente de mí. Todas las innumerables enamoradas que me habéis ofrecidos – vírgenes o casquivanas, casadas, poetisas, actrices, ¡todas! – me han decepcionado, antes, durante, o después del beso mediante alguna desgarradora disonancia en la armonía de su encanto; y hete aquí que he caminado mucho, esperado mucho, y que finalmente estoy cansado, y que siempre llevo en el alma el amargo y cruel deseo del ideal en vano codiciado.

V

La buena hada guardaba silencio, reflexionando. Luego, entristecida, dijo:

– No me acusas sin razón, y reconozco que soy culpable. No del modo que piensas. Culpable sin embargo, Pues mientras para colmar tu sueño yo te ofrecía las jóvenes más puras, las más cariñosas he olvidado concederte un don sin el cual la perfecta dicha no puede existir, el don que hace felices a los amantes y que hace a los verdaderos poetas.

–¿Qué don? – preguntó él.

– El de no conocer nunca, aún siendo evidente, la imperfección en las bellezas humanas, de ver solamente lo que se desearía ver, – ¡la clarividencia que elige instintivamente! y si tú tuvieses ese don te hubiese bastado la primera sirvienta llegada, o alguna muchacha de la acera para alcanzar el ideal prometido.

### LA CAMA ENCANTADA

En un rincón de la carretera de los Sueños, cerca del cruce con las Quimeras, hay un albergue construido en madera de rosal de la Florida; unos pájaros del paraíso mojan sus plumas en luminosidades de aurora dorada, revoloteando alrededor de las veletas hechas con dos flechas en cruz caídas de la aljaba de Eros; unos colibríes tienen sus nidos en unos corazones de rosas tiernas bajo la desperdigada paja del techo. Albergue dónde se detienen las hadas, dónde vienen a pedir hospitalidad las parejas que se extraviaron en los parques de Watteau, en los misteriosos parques que una luna aureolada de bruma ilumina. Puck, patrón del albergue, en el asiento de un ómnibus enganchado a unas palomas, acecha a los viajeros a la llegada de cada tren y les dice con cortesía: «Nobles caballeros y exquisitas damas, no dejéis de venir a cenar y dormir a nuestra casa, pues tenemos en nuestro menú unas confituras de jengibre y de rosas que producen los más agradables efectos, y las escaleras que llevan a las habitaciones están cubiertas de hojas y flores tan suaves que es un placer subir los escalones descalzo.» Pero los viajeros y viajeras no hacen caso a ese bromista juguetón; se sientan serios en el ómnibus tirado por caballos y se hacen conducir al hotel de las Cuatro Naciones o de los Tres Emperadores, desdeñando la hostelería bohemia en la carretera de los Sueños, cerca del cruce con las Quimeras. «¡Puck, dije, fustiga a tus palomas! ten cuidado de no engancharte en la más alta rama de una acacia florida; no pierdas tiempo escuchando a los ruiseñores ni a las currucas en los arbustos del camino, pues tengo prisa en llegar al albergue: acabo de casarme con la hija pequeña del marqués de Sirinagor y hoy es la primera noche de nuestra luna de miel. »

### II

Cuando llegamos, Puck me dijo:

–Señor, conozco muy bien las deferencias que deben ser dispensadas a los recién casados para no trataros todo lo mejor que me sea posible. No hay más que dos camas en mi albergue, vos tendréis la mejor; y pienso que, mañana por la mañana no lamentaréis en absoluto el largo transcurrir de las horas nocturnas.

Al escuchar estas palabras, la hija menor del marqués de Sirinagor no pudo impedir sonrojarse; parecía una rosa blanca donde se hubiese abierto una gavanza rosa.

– Pero –dijo Puck – sin duda querréis cenar antes de acostaros? Por fortuna he ido de caza esta mañana y se ha hecho un paté de pájaro de Córcega con pistachos realmente exquisito.

–¡Puck! ¡una habitación y una cama! sería un tunante, aquél que, teniendo una esposa como la mía, tuviese hambre de otra cosa que no fuese carne de boca y que tuviese sed de otra cosa que no fuese del rocío de los labios.

–¡Magnífico! esa disposición me gusta. Os conduciré pues hacia la habitación donde se alojó, una noche de antaño, Cleopatra, reina de Egipto. Encontraréis allí un perfume misterioso y turbador que todavía no se ha evaporado.

–¡Cómo! ¿Cleopatra ha dormido en tu casa, Puck?

–Que haya dormido no me atrevería a afirmarlo. Ella llegó a mi albergue una noche de primavera con un bello esclavo negro cuyos ojos, tanto como pude juzgar, no expresaban la intención de un sueño inmediato bajo unos párpados rápidamente cerrados. Lo que es cierto es que la cama donde se acostó la real viajera estuvo dotada a partir de entonces de la más activa y deliciosa virtud: da la impresión de estar acostado sobre un brasero vivo de cantáridas.

–¡Puck, me ofendes! no soy de los que tienen necesidad, – cuando la esposa es tan bella, – de un encantamiento que los incite a sus deberes maritales. Dame una cama de nieves y hielos golpeada por los cuatro vientos, y, con la única condición de que la hija del marqués de Sirinagor se digne a tomar sitio a mi lado...

–¿Así que rechazáis la habitación de Cleopatra?

–Absolutamente.

–Puck se rascó la oreja.

–Es que la otra cama – no hay más que dos en mi albergue – es particularmente temible – dijo él.

–¿Temible?

– Por desgracia, más allá de todo lo que podéis imaginar. Una gran desgracia me aconteció hace varios siglos. En armadura de acero que relucía bajo la luna, seguida de un grupo de jinetes, una joven muchacha vino, tras un combate, a golpear a mi puerta a medianoche. No me dijo su nombre, pero se parecía a una Virgen María que sería una Palas. Durmió en mi casa, sin quitar su coraza ni sus perneras, hasta el amanecer siguiente donde sonaron las trompetas de la nueva batalla. ¡Un gran honor! del que habría pasado con gusto. Su pudor de virgen, su rudeza de guerrera, consagraron extrañamente la cama donde se acostó; y allí se puede dormir, pero no se podría amar. Incluso no ocultaré que debo a esa fatal cama la mala fama de mi albergue: pese a la fácil promesa de la habitación de Cleopatra, se teme la habitación de la virgen; los enamorados más decididos, nada más que por el aspecto de mi letrero, se apresuran a huir, a pesar de los pájaros del paraíso que hunden sus plumas en las luminosidades de la aurora dorada, y los colibríes que tienen sus nidos bajo el alerón del techo en tiernos corazones de rosa. Por poco que el mal renombre de mi hospitalidad continúe propagándose, quedaré reducido a la más perfecta de las miserias y se me verá mendigar por los caminos, con un lis o una amapola por escudilla, pues no me quedarán medios para comprar ni una escudilla de madera.

–¡Condúcenos hacia la cama temible! – exclamé yo – ¿No ves que bonita es la mujer que amo, y la llama que brilla entre sus pestañas, y la doble luminosidad rosa que florece, aquí y allá, bajo el levantamiento de su camisola? Por Eros, Puck, siento curiosidad por probar la cama que acogió el sueño de una virgen.

Puck suspiró.

–Ten cuidado, muchacho presuntuoso, de intentar tan difícil prueba! Una vez, un héroe, armado con una maza, y que acompañaba una reina, me pidió también entrar en

el apartamento virginal; se encogió de hombres, creyéndose seguro de su acción; al día siguiente, Heracles salía del albergue, apenado, con la cabeza gacha, mientras que Órfalose partía de risa en la ventana sobre las crines del león de Nemea.

–Condúcenos a la cama – repetí yo.

–¡Ten cuidado, amante presuntuoso, de no salir honroso de una aventura tan peligrosa! En otra ocasión, un caballero español llamado don Juan que traía en una silla de postas a la hija de un mercader de Sevilla, se detuvo ante mi casa. Se atrevió a franquear el umbral de la habitación encantada. Al día siguiente, el muchacho estaba solo bajo las cortinas de la cama, llorando, llorando cálidas lágrimas por no haber sido seducido.

–¿Quieres alojarnos o no, hostelero sin confianza?

–Seguidme pues, dijo Puck.

Pero, mientras subíamos las escaleras, descalzos sobre alfombras de jacintos y violetas, él no ocultaba la inquietud en la que se dejaba traslucir la temeridad de mi tentativa. En cuanto a la hija del marqués de Sirinagor, no dejaba de manifestar alguna preocupación. «¡Ah! amigo mío, estos encantamientos son a veces más poderosos de lo uno piensa. ¿Estáis seguro?...» Yo trataba de tranquilizarla mostrándole en un espejo las malvas que ella tenía en los ojos y la rosa roja que tenía en los labios. Ella se volvía, sonrojada, no completamente convencida. Tal vez hubiese preferido la cama de Cleopatra.

### III

Tiempo después de aquello, – en pocas semanas yo había hecho estrangular a la hija del marqués de Sirinagor para casarme con la sobrina del rey de Trébizonde, y sustituida ésta por la viuda del emperador de Visapour, – regresé al albergue de Puck en compañía de la reina de Ormuz que había abandonado por mi amor sus veinte provincias y sus cuatro maridos.

– Hola Puck, buen hostelero, exclamé yo, ¿no tienes plaza en tu albergue para dos enamorados que viajan? Dormiremos con mucho gusto en la cama virginal.

–¡Eh! señor, respondió él, esta muy mal burlaros de un pobre hostelero como yo. Sabéis bien que la noche en la que os acostasteis allí con la hija del marqués, la cama prendió fuego a vuestros besos y ardió todo de tal modo que las se prendieron las cortinas, las paredes, las vigas, que los pájaros del paraíso se quemaron alrededor de las veletas y los colibríes tuvieron chamuscaron sus alas en el corazón de las rosas tiernas.



### EL CORAZÓN DE BALBINA

Un viejo mendigo se acercó con su saco vacío al hombro, y mientras yo lloraba me preguntó con enternecida voz:

–¿Qué haces aquí tú solo en el lindero del bosque, muchacho melancólico, y por qué fluyen tus lágrimas sobre las violetas y el césped sorprendiéndose de ese tibio rocío?

– Lamentablemente, buen pobre – respondí yo – ¿de qué me serviría contaros la causa de mi pena? No podríais ayudarme; mi dolor no es de los que puedan consolarse.

–Yo sé muchas cosas habiendo vivido muchos días; cuando me digas lo que te aflige, mis consejos tal vez no te resulten tan inútiles como piensas.

–Sabed pues, viejo mendigo de los caminos, que soy el hijo de un poderoso monarca que tiene su reino muy cerca de aquí, al otro lado de la colina, y que amaré hasta el último de mis días a una joven campesina, más bella que todas las princesas, que iba a lavar la ropa a la fuente que hay detrás del palacio de mi padre. Una mañana del mes pasado nos encontramos Balbina y yo, – no fue por casualidad, – en el linde de este bosque, justo en el lugar donde ahora lloro; ella se sentó en la hierba, yo me senté muy cerca de ella, y hablamos de amor mientras las golondrinas revoloteaban y saltaban de rama en rama a nuestro alrededor. Me sería imposible decir hasta que punto me sentía feliz; Balbina me amaba tanto como yo la amo; me permitía tener entre sus frágiles mano las mías estremecidas y temblorosas; mientras nos declarábamos nuestro amor sus labios rozaban los míos, de modo que nuestras palabras, mezcladas apenas proferidas, eran como el gorjeo de dos pajarillos picoteándose de un extremo al otro de dos nidos que se tocan. ¡Ah! ¡qué cariñosa era, y qué clemente me resultaba su corazón! Sin embargo pasaba el tiempo. Como el sol calentaba cada vez más, Balbina tuvo sed y me rogó, señalándome con el dedo la cantimplora incrustada de pedrerías que cuelga de mi cintura, que fuese a buscar un poco de agua a la fuente del bosque. Me resultaba odioso tener que abandonar a mi amiga pero me era dulce obedecerla. Me apresuré a través de las ramas, espantando a los pájaros, pinchándome con los espinos; pero por muy diligente que fuese, mi ausencia no duró menos de un largo cuarto de hora, pues la fuente estaba bastante alejada, allá abajo, entre las rocas, y, cuando estuve de regreso... –¡ah! ¡buen pobre! ¡buen pobre! ¡qué cosa terrible! – cuando estuve de regreso, no vi a Balbina. Había desaparecido, – desaparecido tal vez para siempre; pues, desde hace más de dos semanas la busco y la llamo en vano. Tal es mi aventura, viejo mendigo de las rutas; esa es la razón por la que lloro desconsoladamente; y vos no podéis hacer nada

por mí, a menos que sepáis lo que ha sido de la joven campesina que venía a lavar la ropa detrás del castillo de mi padre.

– Precisamente lo sé – dijo el anciano.

## II

Como me quedase observándolo con atención, sospechando que fuese un genio disfrazado de pobre, como se encuentran frecuentemente por los caminos, él continuó hablando:

– Conoce la verdad, príncipe melancólico. Apenas la habías dejado para ir a buscar agua, cuando Balbina, un poco cansada, se durmió sobre la hierba. Fue una gran imprudencia. Su aliento, más fragante que todos los perfumes, tentó al viento que pasaba, y el viento lo tomó. Como hablaba en sueños pronunciando tu nombre, un ruiseñor se apoderó de la voz que tenía en los labios, con un aleteo. ¡Al ver su blancura de nieve dos palomas se celaron y se la robaron! Una gavanza pálida, que quería ser rosa, encargó a dos mariposas que fuesen a traerle el rojo eclosionado de la boca de la niña; y fue hecho como había deseado la gavanza. El sol, que miraba a la dormida, reconoció que tenía los cabellos más dorados y más claros que todos sus rayos, y para ser más luminoso robó a mediodía el oro de la cabellera despeinada en el césped. El cielo pensó: «Falta ya poco para que acabe el día; esta noche estaré orgulloso de tener, entre mi sombra azulada, las estrellas que duermen bajos los párpados de Balbina» Y, no sé cómo, el cielo se apoderó de la mirada de tu amiga. Luego otros seres, otras cosas, la despojaron todavía más; y, finalmente, cuando regresaste del bosque, llevando un poco de agua fresca en la cantimplora incrustada de pedrerías, ya no quedaba nada de Balbina en el desierto lindero del bosque.

–Mi desgracia es pues grande a más no poder – exclamé sollozando – pues nunca podré volver a ver a mi amada, dispersa ahora en toda la naturaleza.

Pero el anciano me dijo:

–Nada es imposible para aquellos que aman de verdad; ve, busca, reclama, implora, obtén de los ladrones que restituyan los tesoros dispersos; cada vez que recuperes un encanto de Balbina, mételo en este saco que te entrego; y cuando contenga todas las bellezas que echas de menos, vacíalo sobre la hierbas de un solo golpe. Volverás a ver a la joven campesina que iba a lavar la ropa en la fuente del jardín real.

## III

Difícilmente se podría concebir toda la pena que tuve que dar para hacer entrar en razón a los autores del latrocinio. El viento respondía que, al no tener el aliento de Balbina en su soplido, no se creería digno de rozar la boca de las mujeres jóvenes ni el cáliz de los capullos de rosa. «Si devuelvo su voz, objetaba el ruiseñor, nadie me escuchará en el silencio de las largas noches veraniegas.» Las palomas decían: «Seremos como negros cuervos si ya no tenemos su blancura nívea» Y la gavanza: «¡Bah! volverse pálida como una mejilla marchita!» en cuanto al sol, para sustraerse a mis instancias, tomó la decisión de ocultarse tras una nube con el oro robado, y ese día la noche se hizo mucho más tarde que los demás días, porque el cielo tenía miedo que se reconociesen las estrellas que él había robado. Pero yo no me desanimaba ni por las negativas, ni por las respuestas evasivas; acabé por obtener la plena y entera restitución, y vacié sobre la hierba el saco lleno de Balbina.

¡Volví a verla!

No, entre todas las palabras que los hombres pronuncian, no hay ninguna que sea capaz de expresar cuales fueron mi alegría y mi dicha.

–¡Ah! ¡querido tesoro, más precioso por haber sido perdido! – exclamé cayendo de rodillas – ¡es cierto entonces que estás aquí, que te contemplo, que te toco, que te oigo! Ven, sígueme, huyamos juntos hacia soledades tan profundas que ningún celoso pueda seguirnos, y allí te poseeré toda, sin temor al viento ladrón ni a las palomas ladronzuelas.

Pero Balbina, con aire de asombro, dijo:

–¿Quién sois vos que me habla de ese modo? Creo no haberos dado el derecho a hablarme en esos términos; y mejor haríais dirigiéndoos a otras muchachas, pues por lo que a mi respecta, no tengo ningunas ganas de seguirlos a las soledades ni a ninguna otra parte, y el amor no entra dentro de mis anhelos.

#### IV

Tal fue mi dolor escuchando esas palabras que sin duda me hubiese arrojado a un río que discurría cerca de allí, si el viejo mendigo de los caminos, salido de una cuneta, no me hubiese dicho, reteníendome:

–Ya veo lo que ocurre. Había olvidado decirte que el corazón de Balbina, como lo demás, le ha sido sustraído.

–¿Por quién? ¡Decídmelo, por favor!

–Por un lobo que pasaba buscando aventuras y que atrapó ese corazón joven, tierno, rosado y apetitoso.

Apenas espere a que el pobre acabase de explicarse para adentrarme en el bosque vecino donde merodean las bestias salvajes. La luna iluminaba un amplio claro; allí, vi muchos lobos que aullaban hacia el pálido astro. Corrí hacia ellos y les dije:

–¡Por piedad, si uno de vosotros es quien lo lleva, devolvedme el corazón de mi Balbina!

–Y en mi voz había tanta suplicante ternura que esas feroces bestias no pudieron impedir conmovearse.

–Espera, espera, gruño un viejo lobo, que tenía pelos grises en su salvaje pelambrera. Recuerdo una aventura que tiene alguna relación con lo que dices. ¿No se trata de un joven corazón, fresco, bonito y vivo, que palpitaba una mañana, hace ya algunas semanas, sobre la hierba del lindero?

–Sí – grité yo jadeando de esperanzas. –¡Devolvédmelo, buen lobo!

–¡Te lo devolvería! Desde luego que consentiría, pues tu desesperación me emociona. Pero ¿qué he hecho de ese corazón? – continuó el animal con aspecto de estar pensando – ¡Ah!, ya recuerdo. Parecía tan tierno que lo reservé para la comida de mis lobeznos; me han asegurado que jamás habían comido nada tan deliciosamente delicado.

#### V

Por desgracia, no he dejado de amar a Balbina, puesto que ella ha recobrado el perfume de su aliento y la canción de su voz, la nieve de sus senos, el rosado de su boca, su cabellera de sol y sus miradas de estrella. Pero me rechaza y no quiere escucharme, tan bonita y tan cruel; y mi tormento jamás tendrá fin, pues los lobos han comido el querido corazoncito que tenía.

### **LAS FLORES Y LAS PIEDRAS PRECIOSAS**

Vos, a la que tantos hombres jóvenes adoran, ¡oh, bella y cruel muchacha!, ¿por qué no queréis amarme?

Ella respondió:

–Escuchad una historia:



«Érase una vez, en un tiempo muy lejano, un aldeano que tenía un jardín tapiado al lado de su choza. Una muchacha que pasaba por allí le dijo: «Buen aldeano, acudo a una cita, cerca del agua, bajo el bosque de sauces; déjame, te lo ruego, entrar en tu jardín; en él cogeré un jacinto para adornar mis cabellos a fin de que mi enamorado me encuentre más bonita.» Pero el aldeano alzó los hombros y se negó con rotundidad. «Sigue tu camino, persona indiscreta; en las pendiente de los barrancos encontrarás bastantes flores para engalanarte; no quiero que se toquen mis jacintos. » Ella se fue muy decepcionada. Llegaron tres pobres colegiales, quemados por el sol, jadeando de fatiga, polvorientos por el largo camino. Se detuvieron y uno dijo: «Buen aldeano, hemos partido muy temprano, desde que se ha apagado la estrella bajo la que hemos dormido, y, tan cansados como parecemos, lo estamos todavía más; déjanos, te lo rogamos, entrar en tu jardín; allí descansaremos sobre la tierra fresca a la sombra de un arbusto florido para recuperar las fuerzas que nos permitan finalizar nuestro viaje.» Pero el aldeano, alzándose de hombros, manifestó su negativa. «Seguid vuestro camino, vagabundos; encontraréis en el bosque bastantes claros donde acostaros sobre la hierba; no quiero que nadie se acueste a la sombra de mis macizos.» Se fueron muy poco satisfechos. Y muchas otras personas pidieron permiso para entrar en el jardín tapiado; un paje quiso interrogar a las margaritas con el objeto de saber si la dama por la que lloraba noche y día se dignaría por fin a sonreírle; una mujer noble, muy orgullosa y vestida de seda roja, tenía curiosidad por saber si los altos tulipanes tenían un aire tan altivo como ella; un borracho, acostumbrado a cantar canciones después de beber, habría desojado con placer rosas en su vaso según el precepto de los poetas. A todos ellos el aldeano dio malas respuestas alzándose de hombros. Tanto fue así que por fin el rumor de su obstinación se propagó por la comarca y llegó a oídos del rey. «¡Que enganchen mi carroza!» Y Su Majestad se hizo conducir con gran boato hasta la pobre cabaña. «Buen

hombre, ábreme la puerta de tu jardín; te concedo el honor de querer visitarlo.» El rey pensaba que la cabezonería de la que le habían hablado no se mantendría contra su voluntad. Sin embargo se equivocaba. «Señor, vos tenéis grandes parques por donde se arrastran sobre la arena dorada de los senderos los largos vestidos de las marquesas; id a pasearos allí si os gusta ver flores y árboles. – ¡Cómo! ¡miserable! ¿Es así como replicas a uno de los más grandes monarcas del mundo? ¿No sabes que si quisiera podría ordenar que se te torturase o hacerte perecer entre los más crueles suplicios? – Claro que podéis, señor, y podéis muchas cosas más, pero no entrar con mi beneplácito en mi jardín.» Por fortuna ese rey no era malvado. «Vaya, dijo sonriendo, veo que no obtendré nada mediante amenazas; debo usar otra estrategia. Si consientes en abrirme esa puerta te daré tantas piedras finas que podrán caber en la más grande de tus flores de lis. – Muchas gracias, pero su tallo se rompería bajo su peso. – ¡Te permitiría introducir tus manos en mi tesoro! – No son florines ni ducados lo que me gusta tener a manos llenas. – ¡Te haré príncipe y te concederé la mano de mi hija! – No es una princesa lo que amo. » De modo que el rey se vio obligado a regresar a su palacio, tan apenado como la muchacha y los colegiales, como el paje, la noble mujer y el borracho. Entonces, el aldeano, una vez solo, entró en su jardín. ¡Oh! ¡las innumerables y deliciosas flores! Rosas sin igual, más exquisitas que bocas de mujer, florecían por todas partes; la blancura de los jazmines formaba una mantelería de nieve aromática donde explotaban, aquí y allá, la púrpura de las pionías; entre los arbustos de siringas, bajo las glicinas colgantes, cerca de pomposas dalias, sonreían por millares, con un estallido incomparable, los claveles los amarilis, las begonias, los asfódelos, como si todos los invernaderos del paraíso se hubiesen deshojado sobre ese rincón de tierra. «¡Oh, mis flores, mis queridas flores!, dijo el aldeano radiante, sois demasiado bellas para ser expuestas a la curiosidad banal de los transeúntes, aunque sean reyes, y yo solo, durante todos los veranos, ¡me extasiaré con vuestros colores y me embriagaré con vuestros perfumes!»



– El cuento me ha parecido bonito, ¡tan dulce es vuestra voz! pero no me habéis explicado, ¡oh bella y cruel muchacha a la que todos los jóvenes adoran!, ¿por qué no queréis amarme?

Ella respondió:

–Escuchad otra historia.



«Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo, un gnomo que vivía en una gruta al fondo de la cual, protegido tras una roca, había un gran tesoro; y ese tesoro no solamente estaba constituido por lingotes y monedas de oro, sino que también contenía pedrerías y talismanes tan preciosos que ninguna hada poseía nada parecido. Un mendigo que pasaba por allí, dijo al gnomo: «Buen señor, hace más de dos días que no he comido y casi voy desnudo en esta fría mañana. Déme un limosna, os lo ruego, para poder comprar pan en la aldea vecina y vestirme para estar un poco caliente.» El gnomo no respondió más que mediante una gran carcajada y rechazó al harapiento. Un joven, completamente fatigado de haber corrido, cayó de rodillas ante la entrada de la gruta. «Buen señor, suplicó, no me quedará otro recurso que la muerte si vos no acudís en mi ayuda. Amo con el más apasionado amor a la hija de un campesino que me corresponde igualmente. Pero el padre, muy avaro, me considera demasiado pobre para convertirme

en su yerno. ¡Oh! por piedad, dadme alguna cantidad de dinero, – ¡vos sois tan rico que os costaría poco! – sino me colgaré en ese árbol del camino, y la que amo se arrojará al río donde se encontrará su cuerpo pálido y frío entre las flores de lis de agua y los tristes nenúfares» El gnomo respondió igualmente con una carcajada y expulsó al enamorado. Éste se ahorcó en el árbol y la hija del campesino se ahogó en el florido río; el gnomo no fue presa de ningún remordimiento. Una multitud horrorosa, todo un pueblo de enfermos y moribundos, se precipitó hacia la gruta, profiriendo desgarradores clamores, pues, debido a la ira de un mago, la peste había assolado la comarca. «¡Señor, buen Señor, aleje de nosotros el peligro, sálvenos! Sufrimos tales dolores que no os podríais hacer una idea de los mismos, y todos, antes de una hora, estaremos yaciendo en la tumba. Pero si vos nos dais una sola de vuestras piedras preciosas que son talismanes, recuperaríamos la salud enseguida y en lugar de arrastrarnos, moribundos por los guijarros, bailaríamos cantando alrededor de fogatas de jolgorio. » Entre la multitud había ancianos prestos a entregar el alma, jóvenes muchachas más pálidas que el sudario con el que pronto las vestirían; había madres prácticamente sin vida que besaban con lágrimas a sus hijos casi expirantes. ¡El gnomo estalló en tales carcajadas que pareció oírse una bandada de cuervos! y expulsó a esos miserables que, demasiado débiles para regresar a sus casas, fueron muriendo sobre el camino. Entonces, al quedar solo, fue hacia el fondo de la gruta e hizo girar la roca. ¡Oh! ¡los innumerables y deslumbrantes pedrerías! en prodigiosos montones se encontraban esmeraldas, jacintos, amatistas, zafiros, rubíes, brillantes, topacios, turquesas, turmalinas, las más bellas de todas las gemas; y se hubiese dicho que un cielo de verano había dejado caer tras la roca sus millones de estrellas. «¡Oh, mi tesoro! ¡mi querido tesoro! ¡rayos! ¡esplendores! ¡deslumbramientos! eres demasiado magnífico para que te entregue a la codicia de los mendigos o que te sacrifique a la salud de los viles mortales, y yo solo, hasta que mis ojos se apaguen, ¡me regocijaré con tus colores y me deslumbraré con tus llamas!»



– Ese cuento, aunque un poco triste, no me ha parecido menos bonito que el anterior, ¡toda vez que vuestra voz es tan dulce! Pero, esta vez todavía, ¡oh, bella y cruel niña!, no me habéis explicado por qué no queréis amarme.

Ella respondió:

–Escuchad la última historia.



«Una vez, en la oscuridad, con la frente sobre la almohada y acariciada por los encajes de las cortinas, me disponía a dormir. ¡Pero no debe creerse que los ojos de las jóvenes muchachas se apagan cuando se cierran los párpados! No pudiendo mirar ya hacia afuera, miran para dentro; y pude ver en mí, – en mi corazón y en mi alma, – el más adorable de los espectáculos: unos candores tan frescos y tan tiernamente sonrojados, de tan blancas inocencias, de tan delicados pudores, que ni rosas, ni flores de lis, ni jazmines le hubiesen sido comparables detras de la tapia del aldeano y, al mismo tiempo, unas esperanzas tan calurosas, unas ternuras tan ardientes que no había allí menos fulgores que en la gruta del gnomo. ¡Qué flores! ¡Qué pedrerías! ¡Qué jardín soy y qué tesoro! ¿Quién pues sería digno de contemplarme, de poseerme? me sé demasiado deliciosa y demasiado preciosa para no ser avara de mi misma. Amad, suplicad, suspirad, llorad, ¡no me importa! Incluso, como en uno de los cuentos, aunque fueseis un rey, cuando incluso, como en el otro, os arrastraseis moribundo por los

caminos, no obtendríais ni mi más pequeña rosa, ni mi ópalo menos luminoso. ¡Ah! reínd o morid: yo me encojo de hombros o me río; ¡y reservo intactos todos mis encantos para la sola mirada de mis ojos cerrados!»

## JUSTICIA DESPUÉS DE JUSTICIA

### I

Cierto día que el Emperador, cubierto con su coraza plateada bajo una capa púrpura, cazaba en la montaña con sus pares y sus escuderos, aconteció que un hombre muy anciano, vestido con pieles de animales, los cabellos alborotados y barbudo hasta el estómago, desembocó en el sendero de entre unas rocas desperdigadas; tenía un aspecto tan rudamente salvaje que más de un caballo se encabritó y los jinetes se asustaron al principio creyendo que era un oso. El anciano habló en los siguientes términos:

–Señor, tú no me conoces; no sabes ni mi nombre ni lo que he valido, pues hace poco tiempo que el papa puso sobre tu frente la corona de hierro de Henri el Pajarero; todavía eras un niño cuando yo era joven. Pero si tu tío, que reinó antes que tú y que ahora está muerto, pudiese romper la piedra del sepulcro, diría al verme: «¡Abrcémonos compañero!» porque yo luché cabalgando a su izquierda en todas las grandes guerras – mientras tú eras amamantado por tu nodriza; él y yo, codo con codo, hemos expulsado en nombre de Jesús a los moros que invocan a Mahoma, y, en nombre de la reina María, a los paganos que adoran a Tervagant; hundimos juntos, con nuestras fraternales mazas, escudos y cascos; parecíamos dos forjadores golpeando el mismo yunque. Y si él era el más augusto, yo no era menos valiente. Luego, cargado de años, no teniendo ya sobre el cuerpo ningún lugar donde el hierro no hubiese mordido, – quién me viese desnudo, peludo y atravesado de cicatrices, creería ver la piel de uno de esos asnos rayados que se encuentran en los montes de Libia, – con gota, bebedor, deplorable, renuncié a las batallas, y al morir tu tío me exilié a la montaña.

–Maestro – dijo el Emperador – sé muy bien quién eres. Aunque nunca haya visto tu rostro, tu gloria no ignoraba tu gloria. Te llamas Gérard le Béarnois; tu nombre se recuerda de tal modo, más allá de los Pirineos, que las madres moriscas para hacer callar a sus hijos cuando alborotan, acostumbran a decirles: «¡Si no os callais llamaré a Gérard, que os comerá!»

–Eso está bien– dijo el anciano – Me gusta saber que los jóvenes no desdeñan a los ancianos. Puesto que me conoces, escucha mi queja, señor, y una vez escuchada, haz justicia según tu deber y tu poder.

–¿Quién se atrevió a causarte aflicción, padre mío? Yo juro por el Globo y la Cruz que se te dará satisfacción. Pero habla, y cuéntame la ofensa.



## II

El anciano comenzó:

– Yo vivía apaciblemente en mi torre sobre el montículo. Para quién fue ilustre es duro ser ignorado y sentirse débil cuando se fue tan robusto; sobre todo me resultaba muy humillante encontrar pesada el hacha que ves colgada de mi cintura, cuando la cogía en mis manos; ¡para abatir un joven roble o para romper un cráneo, necesitaría juntar todas mis fuerzas! Sin embargo me regocijaba en mi reposo teniendo una buena conciencia. Me animaba vivir mi últimos días el no haber cometido una mala acción, ni entablado una afrenta sin vengarla, cuando era joven. Mi valor, mi renombre no eran más que ruinas; mi honor estaba incólume. Yo pensaba: «Todo está bien». Luego, en mi vejez, tenía una flor, una flor tan fresca, tan pura y tan bonita, que por el mero hecho de tenerla lloraba de placer. Quiero hablar de mi sobrina, más querida que una hija, de mi sobrina Eglantina, cuya custodia me dejó mi hermana al morir. Cuando ella llegó a mi lado, en la habitación donde yo meditaba, creí, incluso por la noche y en pleno invierno, que el sol y los perfumes del prado entraban por alguna ventana abierta; su voz era tan dulce que sería muy agradable pasearse por el bosque en primavera si los pájaros cantasen tan deliciosamente como ella hablaba; y tanto al verla, como al escucharla, ya no me sentía viejo de lo joven que era ella. De modo que me encontraba feliz en mi melancólico habitáculo, a causa de Eglantina que sonreía; y ella nunca se aburría, sentada a mi lado, con el mentón en su mano, escuchándome contar como en una sola mañana, con la ayuda de Dios, di muerte cerca de Figueres, a catorce idólatras que por pares me ofrecían combate, y cómo en un festín hice volar hasta la pared, con una estocada, la cabeza de un caballero que me había ofendido diciendo que yo estaba borracho. ¡Por desgracia! mis alegrías no iban a durar mucho tiempo: ¡Próximo estaba el día en que perdería a la vez la felicidad y el honor! «¿Qué te sucede, Eglantina?» le pregunté una noche viendo que ella lloraba. Al principio no respondió, pero continuaba llorando. Finalmente, entre sollozos, me confesó que un joven, nuestro huésped hacía tres días, habiéndose encontrado con ella en el vergel, la había tomado, transportado y arrojado sobre el brocal del pozo donde había abusado de ella, mientras la niña gritaba y se resistía; luego él había huido riendo mientras ella gemía. ¡Leales milicias del cielo! ¡tales son pues los caballeros de este tiempo! Respetan tanto el pudor de las vírgenes y el honor de las viejas como la hierba del camino a la que se puede pisotear, y cuando regresan contentos de una aventura no es que hayan dado muerte a algún gigante o algún malvado hechicero, sino es que han violado a una muchacha y mancillado la casa de un padre o un abuelo. ¡Ah! si tuviese aún en mis venas la sangre de mi juventud, Dios es testigo de que no perdería el tiempo implorándote, señor; ¡desafiaría a pie o a caballo al profanador de mi linaje y triunfaría sobre él! Pero a causa de mi avanzada edad te confío mi causa, demasiado pesada para mi debilidad. Ya conoces el crimen, ahora juzga.

El emperador preguntó:

–¿Cómo se llama el que te ultrajó?

–Floreston de Flandre.

Entonces un estremecimiento se produjo entre el grupo de pares y escuderos; todos los ojos se volvieron hacia un joven de bellas facciones, que, confuso, con la cabeza baja, trataba de esconderse detrás de sus compañeros. Algunos se apartaron. ¡Gérard lo reconoció! e inclinado hacia adelante, con sus ojos inyectados en sangre e iluminados como llamas, le señalaba con su puño cerrado, con un terrible temblor.

Sin embargo el Emperador dijo:

–Gérard, tu honor será restablecido a su pureza primigenia. Florestan de Flandre, aunque hijo de duque coronado, se casará queriéndolo yo con la damisela Eglantina; no sin haberle hecho primero donación de todos sus bienes, llegado el caso que muera antes que ella. Quién causó el daño debe repararlo.

Mientras tanto el culpable, bajando la cabeza, consentía al no poder hacer otra cosa. El Emperador prosiguió, dirigiéndose al anciano:

–¿Estás de acuerdo, Gérard?

Gérard cerró los ojos y dejó caer sus puños, soñador. Luego, tras un largo silencio dijo:

–Sea. Estoy de acuerdo.

### III

Se celebraron hermosos festejos en honor a las bodas de la damisela Eglantina y Florestan de Flandre, corriendo todos los gastos por cuenta del Emperador, pues le gustaba dar todo el esplendor posible a una ceremonia que realizaba su propia gloria; celebrando este matrimonio, celebraba su justicia. En cuanto a la esposa, estaba tan bonita con su hermoso vestido color de lis y nieve, tenía en las mejillas un matiz sonrosado tan delicioso y bajaba los ojos tan llenos de ternura, – no habiendo guardado tal vez un mal recuerdo del episodio en el brocal del pozo, – que el esposo no podía impedir considerarla con placer, no experimentando ningún contratiempo al haberse visto obligado a reparar su falta. De modo que la dicha estaba presente por doquier en ese glorioso día de himeneo, tanto en los corazones de los recién casados como en la música de la iglesia decorada con flores y en los repiques de campanas que arrojaban hacia el cielo el ruido de la alegría.

Tras la bendición nupcial, cuando el cortejo salía del lugar santo:

– Y bien, dulce Eglantina, – dijo el Emperador,– ya estáis bien provista y vuestro honor está a salvo. ¿Estáis satisfecha?

Ella sonrió, enrojeciendo.

– Y tú también, viejo Maestro,– continuó hablando a Gérard le Béarnois – tienes motivos para regocijarte; dado que tu sobrina ha obtenido el apellido, el título y las riquezas de aquél que la ultrajó, creo que has recibido plena satisfacción.

–¿Plena? no.

–¿Que te falta pues ahora?

–¡Esto! –masculló el viejo Gérard.

Y tomando su hacha, la hundió de un solo golpe en el cráneo de Florestan; trozos de seso y sangre salpicaron el bonito vestido blanco de Eglantina, cayendo sobre el suelo alfombrado de pétalos de rosa, mientras que en el aire todavía sonaba el alegre repique de las campanas.

## LA OSCURIDAD VENCIDA

### I

Todo el mundo sabía que había un tesoro oculto en aquella sala, la única cuyas paredes todavía permanecían en pie y cuyo techo aún no se había desmoronado entre las ruinas del antiguo castillo; un tesoro inestimable de perlas y piedras preciosas bajo una losa o detrás de alguna columna. Aquél que lo poseyera no solamente sería más rico que los emperadores y los reyes sino que también poseería todos los goces y todas las glorias, pues cada una de las piedras preciosas y de las perlas era un talismán de un irresistible poder. ¡Podéis entonces imaginar que no faltaban personas dedicadas a su búsqueda! Los habitantes de la ciudad vecina y los de la campiña de los alrededores ya no se ocupaban de sus asuntos ni sus trabajos, olvidando abrir las tiendas o dejando los campos en barbecho; su único objetivo era descubrir el escondite en la antigua sala; y de todas las regiones de la tierra, llegaban a las ruinas del castillo, unos a pie, otros en carroza o en monturas engalanadas de oro, mendigos y ricos, villanos y nobles, pobres y princesas, guiados todos por la esperanza de un incomparable hallazgo.

Sin embargo nadie conseguía llevar a buen término su empresa. ¡Cómo! ¿acaso la sala estaba cerrada con una puerta tan bien cerrada o tan sólida que no se podía abrir ni derribar? en absoluto; la entrada era amplia como el vestíbulo de un palacio. ¿En el umbral se encontraban tarascas o dragones que vomitaban humo y llamas? de ningún modo; no había ser ni objeto que amenazase a los visitantes; entraba el que quería. Lo que impedía meter la mano en el tesoro era que la sala, en todo momento y a todas horas, estaba sumida en una oscuridad tan negra y densa que los más perfectos ojos del mundo no podían ver ni gota. Nada podría dar una idea de la oscuridad que allí reinaba; las más compactas tinieblas comparadas con aquella hubiesen parecido transparencias de aurora. El sol podía intentar arrojar sus más luminosos rayos que ni una claridad se insinuaba en el misterioso interior por amplia que fuese la entrada, defendida, podía pensarse, por alguna puerta de diamante negro, intangible, invisible, pero resistente al día. Entre los que se habían atrevido a tientas en la sombra, algunos contaban que habían creído tener sobre sus pupilas unas cortinas de asfalto y pez; pero muchos no habían regresado, tal vez muertos de hambre antes de haber encontrado la salida. ¿Cómo se podría descubrir un tesoro oculto en semejante oscuridad? No hay que decir que se habían utilizado todos los medios imaginables para iluminar la sala; las gentes de

la ciudad traían antorchas, lámparas, los campesinos haces de paja o trigo bien secos, rápidamente encendidos, los leñadores ramas encendidas de pinos resinosos; vanas tentativas: desde el momento en que se aproximaban a la abertura, todas las llamas se apagaban como si una tempestad las soplaste, pese a que ningún viento salía de la sala. Lo intentaron lanzando bombas, obuses y otros ingenios explosivos; ¡explotaban con un ruido formidable pero sin un solo resplandor! Emperadores y príncipes, ávidos de poseer las riquezas y los talismanes ocultos en las sombras, mandaron llamar a los sabios y les dijeron: «Una parte del tesoro os será entregada si conseguís hacer el día en esta sala»; los sabios se devanaron los sesos, inventando aceites, combinando gases que se hubiesen quemado en el fondo del mar; recuperaron el secreto del fuego griego; construyeron una máquina con un largo tubo atravesada de mil lentillas que hacía converger sobre un solo punto toda la luz del furioso mediodía. Todo eso no produjo ningún efecto; nada era capaz de iluminar, aunque fuese con una mínima luz, esas invencibles tinieblas.

## II

En aquellos tiempos, había dos adolescentes pobres, él tenía dieciséis años, ella quince, vestidos con harapos, medio desnudos, hermosos, que iban por los caminos mendigando cuando alguien se acercaba o recogiendo flores cuando no pasaba nadie; y eran más felices encontrando una gavanza incluso marchita que recibiendo un centavo. Podríais preguntar a todas las golondrinas que anidan bajo el alero de los tejados, dónde se hallaba la casa de esos niños, que ellas no podrían habérselo dicho, al no haberlos visto nunca entrar ni salir mientras ellas piaban con la cabeza fuera del nido; los desarropados no tenían domicilio ni familia; sin embargo, las golondrinas se acordaban muy bien de haberlos rozado con las alas, por la mañana, al mediodía o a la tarde, en las praderas, a orillas de los arroyos, en el verde lindero del bosque o por todas partes donde hay brotes de oro que brillan, libélulas que se estremecen, currucas que gorjean. Y los vagabundos se regocijaban de serlo. Les gustaba errar por las soledades soleadas y floridas; cuanto más solos estaban, mas unidos se sentían. No se preocupaban por nada, excepto encontrar en un pueblo o en otro, un poco de pan que iban a comer lejos del camino, al fondo de alguna espesura, mordiendo ambos del mismo mendrugo, hasta el punto de que sus dientes se encontraban; toda comida que tiene un beso por postre es exquisita. Si no tenían con que comprar pan, se conformaban con las moras del sendero, o los frutos silvestres que disputaban a los gorriones. En cuanto a dormir bajo un techo, no experimentaban ningún deseo de ello; ¿qué choza, que palacio hubiese valido las cúpulas de follaje en las que las estrellas ponen sus clavos de oro? Y no se lamentaban demasiado de vestir harapos, porque, gracias a los agujeros de sus prendas, no tenían necesidad de desnudarse para que sus pieles estuviesen en contacto. Es cierto que no siempre es primavera o verano, que hay días sombríos en otoño y glaciales noches en invierno; diciembre sobre todo se muestra cruel; la nieve es un manto bajo el cual se enferma. Luego está el hambre que se experimenta, pues no hay moreras ni frutos en los arbustos; es lamentable dormirse en ayunas sobre la tierra endurecida, bajo las ramas sin hojas. Pero, ¡bah! ¿es que acaso sufren los que aman y son amados? Yo os pregunto: ¿es posible tener un poco de frío cuando todas las llamas se encuentran en el corazón, y es de lamentar no tener nada a lo que hincarle el diente cuando bajo los labios se encuentra una boca adorada?

Ahora bien, en una ocasión en la que subían una ladera en una cálida tarde, él adivinó que una gran tormenta iba a estallar; y se produjo, entre rayos y truenos, un

chaparrón torrencial. No cabía pensar en abrigarse bajo un árbol; la lluvia pronto atravesaría las hojas. Iban a resolver empaparse, – lo habrían hecho para luego sacudir sus harapos, como un pájaro sus plumas, – cuando se percataron, allí, muy cerca de ellos, de la presencia de una amplia abertura entre unos paños de muro derrumbados y piedras amontonadas. ¡Entraron en la sala donde reinaba la eterna sombra! Al principio se quedaron un poco sorprendidos por esa oscuridad a su alrededor, – pues, al estar aislados del mundo desconocían la historia del tesoro oculto en las tinieblas, más atentos a los gorjeos de los pinzones que a las palabras de los transeúntes, – pero no tenían miedo, ya que caminaban tomados de la mano. Se sentaron sobre las losas, muy cerca el uno del otro. Se abrazaron, tan tiernos y felices. «¡Te amo!», dijo ella. «¡Te amo!», dijo él. Y entonces, al haber proferido estas palabras – ¡la Frase sagrada hecha del día y cielo, la divina Frase! – ¡toda la inmensa sala se vio repentinamente iluminada como una llanura de arena dorada bajo el gran sol de julio!

### III

A sus gritos de asombro acudieron hombres y mujeres en gran número, pues siempre merodeaban personas cerca de allí con la esperanza de una oportunidad que les condujese al tesoro. Podéis adivinar el tumulto que se produjo entre esa tupida multitud cuando vio, en un agujero de la muralla, brillar, deslumbrar y centellear gloriosos montones de pedrerías y perlas. Con los ojos desorbitados, los dientes chirriantes, empujándose, atropellándose, todos se precipitaron. Se encontraban tantas riquezas y talismanes en la pared que hubo para todo el mundo; muchos habitantes de ese país se volvieron más ricos que los emperadores y más poderosos que magos. Solamente, los pequeños pobres, que, diciendo «¡Te amo!», habían dispersado a las invencibles tinieblas, no pensaron en pedir una parte del tesoro; tenían otro, más dulce, que les bastaba. La tormenta había pasado, retomaron su camino a través del campo. Un hombre pasó; ellos le pidieron un centavo. «No,» dijo el hombre. No se quejaron. Sonreían. Se divertían viendo, a lo largo del bosque húmedo y bajo el sol que había vuelto a despuntar, las gotitas de lluvia que parecían piedras preciosas cayendo de las hojas y perlas vibrando en la punta de las briznas de la hierba.

## LA PRINCESA MUDA

### I

La hija del rey era muda; esa desgracia había acontecido por el capricho de una malvada hada que vivía en una perla, entre los corales y las estalactitas de una cueva submarina. No era posible imaginar nada más bonito que la princesa Ermelinda; a los dieciséis años se parecía al mes de abril; sus ojos eran azulados como las malvas, su boca roja como las gavanzas; cuando acercaba hacia ellos su níveo rostro para aspirar su olor, los jazmines decían en un rumor de hojas: «¡Qué blanca es!» Por desgracia en la tierra no existe nada perfecto. ¡Sería demasiado encantador una rosa que cantara como los ruiseñores! Ermelinda no hablaba. Y no solamente era muda de labios; sino que tampoco le era posible expresar su pensamiento mediante gestos o la mirada. Cuando la interrogaban no sabía hacer esos signos con los dedos; esos movimientos de cabeza o esos guiños con los ojos que dicen sí o que dicen no. De modo que no se podía conversar con ella más que con una estatua o con una muñeca. Lo que era una condena pues, tan exquisita a la vista, sin lugar a duda hubiese sido delicioso escucharla. Como podéis imaginar la minusvalía de su hija era un gran motivo de pena para el rey. Mandó llamar a los médicos más ilustres del mundo, entre otros a un doctor llamado Sganarelle que tenía una gran reputación por la curación de casos similares; acudió también a los hechiceros más famosos; ni la ciencia ni la magia devolvieron la palabra a la princesa Ermelinda. El padre se desolaba cada vez más. Por fin se dijo que solamente podría remediar el daño quién lo había producido, y decidió ir a visitar a la malvada hada entre los corales y las estalactitas de la cueva submarina. No había mucha esperanza, tal era su fama de cruel, de que se dejase enternecer por los ruegos y las lágrimas; el mayor placer de los perversos es ver la tristeza de los desgraciados que ellos crean; pero, puesto que no había más alternativa que esa gestión, era necesario intentarlo. El rey se puso en camino con algunos de sus cortesanos, y, no sin muchas fatigas y aventuras, penetró en el misterioso habitáculo del hada, donde ésta, muy pequeña y embutida en su perla, rompió a reír en tamaña carcajada que la perla, sacudida, parecía un cascabel sonando. No era un buen presagio en cuanto al éxito de la empresa. También los recién llegados no se mostraron menos asombrados que regocijados cuando el hada adelantando su cabecita, dijo: «¡Eh! ¡eh!, señor, no habéis hecho en vano tan largo viaje. Yo valgo mucho más que mi reputación como comprobaréis. Dado que lo deseáis, a

partir de ahora la princesa Ermelinda hablará como vos y yo en todas las circunstancias de la vida... – ¡Ah! señora, exclamó el rey cayendo de rodillas, ¡me hacéis el favor más grande del mundo y no hay nada con lo que me sienta capaz de testimoniáros hasta que punto os estoy obligado!» Pero ella continuó riendo: «En todas las circunstancias de la vida... ¡excepto en una sola!» Viniendo de una persona malvada, esta reserva inspiraba cierta inquietud. El rey, muy preocupado, se apresuró a preguntar cual era el caso, el único caso, en el que la princesa estaría muda como antes. Pese a no reparar en preguntas, él debió regresar sobre sus pasos sin haber obtenido ninguna respuesta, pues el hada le cerró la perla en las narices. Es decir que la hizo girar de modo que ya no se volvió a ver más que la esfera cerrada, donde centelleaba el oriente con aire de burlarse.

## II

Pero de regreso en su palacio el augusto viajero olvidó toda pena por la alegría experimentada. La princesa hablaba, hablaba, hablaba con la voz más diáfana y más dulce que se hubiese oído jamás. Ella murmuraba: ¡Padre mío!; esas palabras que él tanto había anhelado escuchar, con tan exquisitas inflexiones hacían que su corazón se fundiese en delicias. Y decía mil cosas más, bonitas, locas, dichosas, todas las cosas que quería decir. Durante tan largo tiempo había guardado silencio que ahora no se contenía en prodigar palabras. Sonriente como las flores y radiante por no ser muda como ellas, yendo, viniendo, saltando y corriendo desde las salas al jardín y del jardín al bosque, parloteaba sin descanso, igual que un pájaro que gorjea o como una fuente que fluye; callarse ahora le resultaba tan difícil como antes hablar le había sido imposible. Sus damas de honor trataban en vano de introducir una palabra; ella decía todas las palabras; y desde que las currucas del matorral comenzaban a gorjear, ella les interrumpía con una cháchara que no acababa nunca. Mientras la vestían, la peinaban o mientras su maestro de baile le ensañaba la pavana, por la mañanas, por la tarde y por la noche, en la mesa, en la ventana, no importaba cuando, no importaba donde, ella hablaba, no dejaba de hablar; ¡durante la noche, dormida, hablaba en sueños! No, realmente, en ningún caso, aunque lo hubiese dicho el hada, permanecía silenciosa. Y, un día, no sabiendo ya que decir, dijo que quería casarse. Como podéis suponer, los deseos de la princesa, desde que pudo expresarlos, eran órdenes para el rey y para todas las personas de la corte. Se le encontró un esposo que hubiese hecho dichosa a una emperatriz: joven, guapo, de ilustre linaje, enamorado y cubierto de gloria; y el matrimonio se celebró con toda la premura imaginable. El día de la boda el rey no dejó de experimentar alguna preocupación. Tal vez el momento del himeneo fuese esa «circunstancia de la vida» en la que Ermelinda debería permanecer muda como antes. Qué lamentable situación se produciría si en el mismísimo instante en que el esposo la tomase en sus brazos diciéndole: «¡Te amo!» ella fuese incapaz de responder a esa declaración. En semejante caso es inútil hablar en alto, pero es necesario hablar, por poco que sea, por bajo que sea; no es solamente para el beso para lo que se deben abrir los labios. A pesar de las aprensiones que se habían podido concebir, no se produjo ningún contratiempo; y el aire victorioso que al día siguiente se reflejaba en el rostro del esposo, fue prueba más que suficiente de que la princesa había dicho todo lo que había que decir.

## III

Transcurrieron muchos días. En la corte reinaba la felicidad más perfecta. La historia no dice si el pueblo era tan feliz como los que lo gobernaban; pero, finalmente

en sus penas, si las había, la felicidad de sus amos debía producirles un gran consuelo. El rey, colmado de placer al escuchar parlotear a su hija, estaba muy lejos de pensar en la inquietante reserva que el hada había hecho, y el marido de la princesa tenía esa ventura, a la cual no es comparable ninguna alegría, de poseer a una mujer joven, bonita y siempre de buen humor. Por añadidura, Ermelinda tenía al menos tantas virtudes como encantos; era fresca como las flores, cantarina como los pájaros; se aferraba a sus deberes, era fiel a sus juramentos, no demasiado coqueta ni demasiado frívola a pesar de sus risas y sus dichos. No se habría dejado enternecer excesivamente, como tantas otras personas regias, por los trovadores que cantan baladas; ella conservaba el más honesto porte los días en los que su marido ofrecía hospitalidad a monarcas de paso o a príncipes viajeros; y jamás despertó, con una rosa que se deja caer o un misal olvidado sobre el reclinatorio del oratorio, la inocente ternura de los pequeños pajes que suspiran en las esquinas. No tenía otro placer que estar sentada en la habitación conyugal al lado de su esposo, y cuando éste se alejaba de ella a cusa de los asuntos de Estado, la única diversión que se permitía era algún paseo por el vergel o por el bosque, donde soñaba bajo las ramas.

Ahora bien, una vez que ella caminaba, completamente sola, por el lindero del bosque, ocurrió que pasó un jinete por el camino buscando aventuras de batallas o amor. En aquella época, los paladines mostraban mucho respeto por las damas y las señoritas; pero ese respeto no llegaba hasta el punto de no solicitar algún dulce favor cuando la ocasión era propicia; desde luego habrían enrojecido al robar un beso sobre una boca que los rechazaba, pero no se consideraban culpables de depositarlo sobre los labios que lo consintiese. Precisamente el jinete que pasaba por el camino, guapo, bien parecido y con llamas en los ojos, estaba destinado más que ningún otro a las tiernas disposiciones que pueden tener las mujeres que uno encuentra. A la vista de la princesa, a la que no conocía, exclamó: «¡Hay que reconocer que nunca se presentó ante mis ojos persona tan bella!» Y descabalgando continuó hablándole a ella: «¡Seáis quien seáis, sabed que me he enamorado de vos, de lo joven y agradable que sois! Yo no soy tan repulsivo que no se pueda padecer mi cercanía; y, dado que henos aquí el uno y el otro con la ocasión, iremos, si gustáis, a la profundidad de este bosque, donde mostraré una vez mas que no valgo menos en las batallas de amor que en los combates a muerte.» Al mismo tiempo él le tomaba las manos, atrayéndola, sin rudeza. A estas palabras, a estos gestos, la cólera de la princesa sería imposible de describir ¿Cómo se la trataba así a ella, a la hija de uno de los más grandes reyes del mundo? Al menos, aquél que se había atrevido a tal infamia no tardaría en arrepentirse. Ella lo miró fijamente a la cara, iba a reprochárselo mediante algún altivo discurso... No, no pronunció ni una palabra, ¡ni una sola! y no hizo ni un gesto ni uno de esos gestos con el dedo, ni uno de esos movimientos de cabeza que dicen no. Por desgracia, se presentaba la Circunstancia en la que Ermelinda debía quedarse muda. El caballero rompió a reír, mientras ella no pronunciaba palabra. «¡Magnífico! Esta no es arisca y no muestra ningunas ganas de rechazar el placer que se presenta.» Luego, abrazándola, y poniéndole los labios en la boca, la llevó en silencio a la profundidad del bosque donde él tuvo todas las oportunidades para demostrar que no había mentido vanagloriándose de su valor en las batallas del amor. ¡Ay! ¡pobre muda!

#### IV

Y así fue como la maldad del hada que reía en su perla se llevó a cabo. Pero se equivocó en que el rey sufriese por eso, y es que Ermelinda fue la única víctima. Pues, de regreso al palacio, la princesa tuvo la precaución – aunque había recobrado la palabra – de no contar su desventura; buena como era, no quiso disgustar ni a su marido ni a su



padre con la confesión de un daño irremediable. Incluso por temor a que pudiesen concebir algunas sospechas con la que su felicidad se viese truncada, decidió no cambiar en nada sus costumbres; y, ocurriese lo que ocurriese, continuó dando sus paseos, de vez en cuando, por el lindero del bosque, no lejos del camino por donde pasan los jinetes errantes.

## HIGIENE

Cuando llegué a esa ciudad hacia la que me había conducido el azar de los sueños, no pude impedir experimentar una gran sorpresa, pues me pareció que sus únicos habitantes eran ancianos de muy avanzada edad. Por las calles, donde se abatía el humo de las fábricas, en los umbrales de las casas negras por el hollín, en las ventanas, en los cristales, no se veía ni un rostro joven, sino cráneos calvos y blanquecinos, frentes cubiertas de arrugas, ojos sin vida de donde fluía una lágrima sucia parecida a la última gota de sebo de una lámpara apagada, unas bocas sin dientes cuyos labios chasqueaban, y barbas muy largas del color de la nieve pisoteada. Negociantes que apenas se tenían en pie detrás de sus mostradores medían telas, pesaban el polvo de oro con manos temblorosas de moribundo; vendedores de trajes pasados de moda, de cascos de vidrio, de zapatos remendados, se apoyaban a cada paso en las paredes a causa de la debilidad de sus piernas, anunciando sus mercaderías con voz agónica; vi a un hombre inclinado sobre un gran libro con esquinas de cobre: estaba hasta tal punto cansado que su cabeza caía a cada minuto sobre los folios, emborronando con la nariz o el mentón las cifras que había escrito; en una sala descalabrada donde se impartía justicia, los jueces eran tan viejos y tan viejos los litigantes que desde luego unos y otros entregarían el alma antes del final del proceso. Y, cosa lamentable, ninguno de esos seres mostraba la serena, majestuosa y augusta belleza con la que se adorna la vejez de los héroes y los filósofos semejantes a dioses con cabellos blancos, esa belleza de antepasados que es casi como una religión para los más irrespetuosos adolescentes. No había a mi alrededor más que decrepitud y caducidad, afeadas todavía más por no sé que baja moral; todos esos centenarios habían debido ocupar sus días o usar sus fuerzas en sórdidos pensamientos o en viles actividades: y, para que mis oídos no se ofendiesen menos que mis ojos, de todas partes llegaba, – semejante al gorgoteo creciente de una alcantarilla que desborda – ¡un ruido continuo de asma inveterada y de antiguos catarros! No, ni una hora, ni un instante más me hubiese quedado en esa taciturna ciudad a donde me habían conducido los pensamientos, si, cuando iba a huir, no apareciese ante mí el más amable espectáculo con el que jamás se ha maravillado la mirada de un viajero.

## II

Más allá de las tiendas, de los tribunales, de las fábricas, florecía en el día soleado un bosque de magnolios y grandes laureles rosas, donde la algarabía de las fuentes avivaba al gorjeo de mil pájaros de bellos colores que daban la impresión de ser montones de piedras preciosas volando. Allí, sobre el césped de la linde, en el frescor más lejano de los claros, bajo cunas de lianas entrelazadas, unos hombres jóvenes, tan apuestos que no se podrían imaginar parecidos, se paseaban con sus enamoradas, no menos jóvenes, no menos bellas, hablando en voz baja cerca del cuello; cada palabra pronto moría en un beso. ¡Cuántas parejas felices bajo los árboles en flor! y rumores de vestidos con brocados desapareciendo detrás de la espesura de los matorrales en más soledad y en más misterio. Unos músicos tocaban. Guiado por ese dulce ruido, me acerqué a un templo de mármol rosa: vi a unos adolescentes que tocaban la flauta y el laúd con una perfección tal que sería imposible de describir; al mismo tiempo improvisaban versos, sonetos, rondeles y baladas que unos pequeños pajes arrodillados escribían sobre hojas de papel de Japón; eran los versos más hermosos del mundo. Yo escuchaba, oculto detrás de un árbol, no habiendo oído nunca algo tan delicioso. Escuché durante tanto tiempo que finalmente se hizo la noche en el bosque de laureles rosas y de magnolias, una noche hecha de perfumes, como si la oscuridad hubiese sido el humo de invisibles incensarios. Entonces creí que los adolescentes que tocaban el laúd, los enamorados y enamoradas regresarían a las casas de la ciudad. En absoluto. Se dirigieron, y yo tras ellos, hacia un palacio de alabastro y oro que surgió repentinamente como por arte de magia, y entraron en una sala inmensa decorada de estatuas y pinturas; allí se les sirvió el más magnífico de los ágapes. Se sentaron, comieron en platos de porcelana, bebieron en vasos de cristal de Venecia donde se intensificaba la luz de las lámparas. Cada uno de los hombres tenía a su lado a una joven con los hombros desnudos que a veces le rodeaba el cuello con sus brazos en un ruido de satenes pesados que se deslizan; y, a causa de los buenos vinos, a causa de la embriaguez que emana de las bellas carnes vivaces, ellos tenían, entre los esplendores de los mármoles y las telas, bajo los centelleos de claridad, toda la dicha en sus ojos y toda la gloria en sus frentes. Pero no era su alegría ni su gloria lo que más admiraba. Lo que me extasiaba era su floreciente y radiante juventud, semejante a una amplia eclosión de rosas nuevas, incendiada por un despertar de aurora.

Uno de los convidados se percató de mi presencia y me dijo:

–Siéntate con nosotros. Serás como nosotros somos si no desconoces el arte de las bellas rimas...

– Al menos lo he estudiado – respondí.

–... Y si te gustan las mujeres bellas.

–... ¡Me gustan demasiado! – exclamé.

Sin embargo dudaba en sentarme. Pensaba en los tristes ancianos cuyo aspecto me había horrorizado antes. Imbuido de consejos honestos que las personas serias no dejan de prodigar, temía que tanta caducidad y decrepitud fuese el castigo por una existencia consagrada al arte frívolo y a los besos voraces de bellas personas.

– Lamentablemente – murmuré – no pediría otra cosa que parecerme a uno de vosotros; pero ¿no me convertiré, más adelante, en alguien semejante a uno de vuestros padres?

–¿Nuestros padres?

–Sí, esos ancianos que he visto en las calles, en las tiendas, cerca de las fábricas, en la sala de justicia.

Todos los convidados prorrumpieron en risas.

–¡Esos no son nuestros padres!  
Yo insistí:  
–Vuestros abuelos. Debería haberlo adivinado.  
Las carcajadas se redoblaron.  
–¡Eh! no, ¡esos son nuestros hijos!

### III

¡Sus hijos!

Como daba muestras de la más completa estupefacción, el que me había hablado en primer lugar se expresó en los siguientes términos:

–Una vez (no sabría decir el mes ni el año, pues han pasado innumerable días desde aquello), una pareja inmortal llegó a esta comarca. ¡Eran el dios Poesía y la diosa Amor! Nos enseñaron el Verso y el Beso. Desde ese momento, olvidando todos los viles deberes y todos los trabajos vanos, las hipocresías, las ambiciones, los lucros, hemos vivido intensamente y furiosamente en la embriaguez de la lira y los labios. Sin descanso y sin dormir, hemos cantado y nos hemos amado. Por los bellos ritmos y las hermosas criaturas, hemos sacrificado, en una alegría incontenible, todo lo que tienta a la imbécil humanidad, dando, sin contar los minutos de nuestra vida, las gotas de nuestra sangre. ¡Hemos sido y somos las briznas de paja, siempre consumidas y encantadas por el doble brasero devorador! Sin embargo tuvimos hijos y quisimos transmitirles las enseñanzas de los dos Inmortales. Por desgracia las nuevas generaciones difieren de las de antaño; además las preocupaciones los absorben. Nuestros hijos, serios, metódicos, precisos, desdeñaron las rimas y las mujeres. ¡Se encogieron de hombros porque dábamos serenatas bajo las ventanas adoradas! Hicieron construir fábricas, instalaron negocios, obtuvieron empleos; les gustaba ser laboriosos, ricos y considerados. Y ahora parecen tener cien años, ellos que se acuerdan aún de sus cunas, mientras nosotros tenemos veinte años, nosotros, los centenarios; ellos titubean y tosen y siempre están dispuestos a entregar el alma, ellos, los sobrios, los apacibles, mientras que nosotros, codiciando rabiosamente las quimeras y las delicias, pródigos de todo nuestro ser, triunfamos robustos, apuestos, felices, en nuestro inagotable vigor. Pues la juventud es el milagroso pájaro que no deja nunca de palpitar bajo el buen sol o las queridas estrellas, ¡toda vez que tiene dos alas sublimes, la poesía y el amor!

INDICE DE CUENTOS

Lesbia .....	2
Muebles viejos.....	7
La camisa negra .....	10
Favores .....	14
Los otros .....	18
Idilio de otoño.....	21
El milagro .....	25
Los dos avaros .....	28
Pruebas .....	32
El don suficiente .....	35
La cama encantada.....	38
El corazón de Balbina.....	41
Las flores y las piedras preciosas .....	44
Justicia después de justicia .....	48
La oscuridad vencida .....	51
La princesa muda.....	54
Higiene .....	58